

MELANCOLÍA Y AMOR HEREOS EN LA CELESTINA

Bienvenido Morros Mestres
Universidad Autónoma de Barcelona

Amor hereos y melancolía

La medicina bizantina y medieval empezó a incluir la de amor entre las enfermedades de carácter mental. Al no haber médicos anteriores que la hubieran tratado en sus manuales tuvieron que buscar una, entre las ya reconocidas, que se le pareciera, especialmente por los síntomas. Si bien algunos historiadores griegos se refirieron al tipo de enfermedad de amor que el médico Erasístrato había diagnosticado al príncipe Antíoco, ningún médico de esa época le había dedicado ningún capítulo en sus libros¹. Si Galeno también se atribuyó un caso similar al de su colega tampoco en sus obras aludió a la enfermedad que había descubierto en la mujer de Justo. Por eso cuando quienes decidieron reconocerla como patología a la que debía consagrarse la misma atención que las otras enfermedades llegaron a la conclusión de que presentaba muchas afinidades con la melancolía². Hallaron que esas afinidades eran muy evidentes en los síntomas, porque el enfermo de amor y el melancólico manifestaban una clara preferencia por la soledad y la oscuridad. Los dos, además, caían en una especie de depresión que les obligaba a permanecer en la cama por pura abulia. Tampoco conseguían conciliar fá-

¹ Para esos dos casos de la historia de la medicina, véase Morros 1999.

² Para esa cuestión, véase Wack 1990: 40.

cilmente el sueño y perdían el apetito. Por lo que respecta a las causas, el enfermo de amor lo era por haber sido rechazado por la dama de la que se había enamorado o porque no había tenido el valor de darle a conocer sus sentimientos. El melancólico, en cambio, lo podía ser por otras de diferente naturaleza: por la muerte de un familiar, por haber caído en desgracia de un poderoso, por la separación de un amigo, etc. En cuanto a las terapias, solían prescribirse casi siempre las mismas. La diversión, la compañía de amigos y parientes, las sesiones de música, las excursiones al campo para beneficiarse no sólo de sus aires saludables sino también de sus bellos paisajes con árboles, flores y pájaros cantores. A pesar de incurrir en contradicciones muchos médicos consideraban muy útil la terapia sexual para despejar la mente tenebrosa del enfermo. Por mimesis esos mismos médicos también la recetaban para la enfermedad de amor. Si la relación sexual el amante la mantenía con la dama a la que amaba podía garantizar su completa curación; si esa relación no podía conseguirla, el enfermo podía intentarla con otra dama de hermosura similar para asegurar la satisfacción del deseo. Sin embargo, algunos médicos y filósofos opinaban que esa terapia podía ser perjudicial para los dos tipos de enfermedad. No habían llegado a esa conclusión influidos por la moral, sino que tenían en cuenta causas de índole fisiológica. Defendían que si el melancólico practicaba el coito podía debilitarse en exceso al eliminar en la eyaculación la cantidad del humor que le era en sí deficitario. Ese humor era la sangre, de la que el semen era su prolongación. Si llevaba a cabo la relación sexual, el melancólico aumentaba todavía más las cualidades, las de la tierra, frío y seco, que le provocaban la enfermedad. En cualquier caso, serán muy pocos los médicos que desaconsejen la terapia sexual para combatir la enfermedad de amor, porque la que se impuso, desde Avicena, fue la teoría contraria.

La melancolía y la lujuria

Como muchos médicos consideraban el amor hereos como un tipo de melancolía llegaron también a incurrir en la contradicción de prescribir la relación sexual para una enfermedad que se relacionaba con un temperamento muy poco apto para esa práctica. Los médicos decían

que el melancólico, por ese déficit de las cualidades propias del semen, no sentía ningún tipo de deseo sexual ni tampoco, de tenerlo, que no lo tenía, ninguna fuerza para satisfacerlo, porque ese tipo de deseo lo provocaba precisamente el superávit de la sustancia de la que el melancólico carecía. Entonces, si al enfermo de amor se le atribuía un temperamento melancólico, ¿cómo es que se le recomendaba la terapia sexual? De ser como estoy explicando, el enfermo de amor no tendría ganas de llevarla a cabo porque su deseo, como el del melancólico, sería nulo. Bernardo Gordonio, en su *Lilium medicinae*, cuya traducción al castellano se había publicado en Sevilla en 1495, llegó a ser bastante consciente de esa contradicción, cuando en el apartado de las terapias había aludido muy vagamente al consejo de Ovidio de amar a varias mujeres a la vez sin llegar a sugerir claramente la relaciones sexuales, pero en el de las aclaraciones introducía la recomendación de que no las practicaran los melancólicos para evitar quedarse más secos de lo que estaban, aunque se las permitía a los de otros temperamentos siempre que lo hicieran con moderación:

Debedes de entender que el coito demasiado deseca e el tal no conviene a los hereos o enamorados ni a los tristes y a los melancólicos, pero a los que es permiso el coito, bien conviene si templadamente se hiciere, según Avicena³.

Al tratar la melancolía desaconsejaba para quienes la padecían los grandes esfuerzos, entre los que incluía el acto sexual: “e estorbarás todo trabajo grande e ira y el coito e todas las semejantes”⁴. En un capítulo posterior, titulado “De la poquedad del coito”, había hablado de las aptitudes de los cuatro temperamentos desde el punto de vista sexual, dejando el melancólico en el peor lugar, por lo que respecta a sus posibilidades:

E de eso podemos escoger que los sanguíneos mucho codician por causa del calor, e mucho por causa de la humedad. Los coléricos muy aprisa e muchas veces de cualquier pequeña causa

³ El texto lo cito por la edición de Dutton (Gordonio 1991: 302); la misma cita reproduce en trabajos diferentes Amasuno 2000: 150.

⁴ Véase Gordonio 1991: 106.

fuertemente codician, pero poco pueden. Pero los melancólicos no codician ni naturalmente pueden. Los flemáticos no codician ni naturalmente pueden⁵.

Alonso Martínez de Toledo, arcipreste de Talavera, en su *Corbacho*, libro que Rojas usó para diversos pasajes de la comedia, coincide con esas habilidades sexuales que la medicina atribuye a cada uno de los cuatro temperamentos. Del sanguíneo dice que “es mucho enamorado e su corazón arde como fuego, e ama a diestro e siniestro, e cuantas ve”; de los coléricos asegura que hacen “amando mucho mal”, porque adoptan siempre conductas violentas; de los flemáticos afirma que “son para el arte de amar los más hábiles e convenientes del mundo”; y de los melancólicos admite que “tales vicios han”, que “[no] deben amar ni ser amados”, porque suelen menospreciar a sus amadas, a quienes “con miedos e amenazas hacen... errar”⁶.

En su *Repetición de amores*, compuesta y editada después de 1497, porque está dedicada al príncipe Juan, que murió en octubre de ese año, Luis de Lucena señala tres maneras diferentes por la que los hombres no usan de los deleites carnales. La primera es la de los de naturaleza fría, “que quita el deseo o siquier el poder”; la segunda es la de los castrados, y los terceros, la de los que, “teniendo potentia natural para la ejecución de la concupiscencia carnal”, poseen la fuerza de la voluntad suficiente para reprimirla. Lucena admite que estos últimos pueden optar también por mitigarla a través del matrimonio, porque “mejor es casarse que quemarse”⁷. El hijo del consejero de los Reyes Católicos, estudiante de Salamanca, deja claro que los hombres con la cualidad fría en su temperamento no se sienten acometidos por el deseo sexual ni están en condiciones de satisfacerlo. Se refiere a los melancólicos y a los flemáticos, que comparten esa cualidad, pero a los que los diferencia la otra que los acompaña, la sequedad en los primeros y la humedad en los segundos. Modifica, como hemos visto y veremos a continuación, las teorías más aceptadas en medicina, porque la humedad permite la realización del acto sexual, si bien la sequedad priva al que la tiene del deseo de practicarlo.

⁵ Véase Gordonio 1991: 302.

⁶ Cito por la edición de Gerli, en Martínez de Toledo 1987: 215 y 229.

⁷ Lucena 2001: 127-128.

Un autor de entre siglos que publica su obra más importante, el *De pulcro* y *De amore* en Roma, 1531, llamado Agustino Nifo insiste en esas capacidades sexuales para cada uno de los cuatro temperamentos; por lo que respecta al melancólico reproduce la opinión contraria de Aristóteles, que consideraba al melancólico un temperamento lujurioso. Para desmentirlo, Nifo remite a los médicos que coinciden en asegurar que el melancólico ni experimenta deseos sexuales, porque carecen de calor que se los provoque, ni pueden ponerlos en practica, porque les falta la humedad necesaria para producir el semen que necesitan para expelerlo:

Melancholici uero, quia frigidi non appetunt, emergit enim appetitus ex abundante calido, et quia sicci non possunt, carent enim humido, quod transire solet in natura seminis. Aristoteles autem contrarium asserit, verum ad medicos te remitto. Cholericici appetunt, calido enim exuperant, quod facile movetur ad seminaria ipsa loca, non autem possunt, quoniam deest humidum, quod converti solet in semen.⁸

En los *Problemata*, que en la Edad Media los tradujeron al latín primero Bartolomé Messina en el siglo XIII y después Teodoro Gaza en el siglo XIV, su autor, que hasta el siglo XVI se atribuyó a Aristóteles, expone esa idea con la que Nifo está en desacuerdo y que presenta a los melancólicos como muy lujuriosos. La razón que da es que los de este temperamento necesitan expulsar el aire que retienen y, al conseguirlo con la eyaculación, necesitan practicar el coito muchas veces para aliviar su naturaleza ventosa. Reproducimos el texto en la traducción de Bartolomé Messina:

Propter quid luxuriosi sunt melancolici: aut quia ventosi sperma autem ventositatis exitus est quibus igitur multa hec necesse multociens concupiscere, hos purgari alleviantur naturam⁹.

El comentarista del texto, Pedro de Abano, en su *Expositio*, primero lo parafrasea para después respaldarlo con una cita del médico persa

⁸ Nifo 1549: 152.

⁹ Particula V, problema 30; cito por el incunable de 1482, fol 12 vii vo.

Haly Abas que otros autores atribuyen a Nemesiano y a Galeno; la cita corresponde al capítulo cinco de la parte *Theorica* de su obra titulada *Pantegni* en la traducción latina de Constantino el Africano:

Unde Ally Ab. 5^a *Theo* : si coitus fiat usus ut oportet cogitationes cedunt, ira mitigat et mania et melancholice. Perdest passioni si autem non coeant corrupto spermate sumi elevabunt putredi ad membra principalia predictas passiones inducentes¹⁰.

Pero acto seguido nuestro comentarista se siente obligado a poner de manifiesto ciertas dudas sobre esa idea al recordar las tres cosas necesarias para el coito. La primera es la materia espermática; la segunda, el aire, y la tercera, el deseo. Asegura que ninguna de las tres se halla en los melancólicos: “Nullum autem istorum videtur melancholicis inesse”. La primera y la segunda no la poseen al ser fríos y secos, que son cualidades contrarias al aire: “Non materia cum frigidi sint et sicci”; aduce a Galeno para darle la razón cuando el médico griego confirma que los melancólicos no andan sobrados de semen ni de aire: “Unde Galenus in *Tegni* de causis dicit in melancholicis semen esse omnibus magis exiguus et merito cum semen constet per calidum et humidum neque ventositas”. Por lo que respecta al deseo, que lo provoca el calor, vuelve a citar a Galeno para insistir en que los melancólicos no lo experimentan al ser fríos y secos como la tierra: “Gal. dicit in *secundo Affo. et Pro-nosticorum particula* neque etiam sensus quoniam sunt frigidi et sicci et terrestres sensus autem consistit per calidus et temperamentum quare »¹¹. Entonces recuerda que hay dos tipos de melancólicos, el natural, que ya ha descrito, y el adusto, que lo es por adquirir el calor propio del temperamento colérico, un calor excesivo que genera una humedad pasiva pero suficiente para provocar la reacción fisiológica que de otra manera los melancólicos no podrían tener:

Dicendum que melancholici sunt luxuriosi et hoc propter ventositate sicut philosophus testatur eos stimulantem quedam mordicatione et virge extensione. Unde Avicena, 3 can., fen. 20, habentes coleram nigram sunt plurime erectionis et fortis valde

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ Todas las citan son del mismo folio que el anterior.

propter multitudinem inflationis vel ventositates, propter quid ut appareat veritas. Dicendum sicut apparebit primo capitulo, 30 particule, quae melancolici sunt duplices quidam cui melancolici per viam adustionis eo quae humidum ipsorum inflammatur calido excedenti et tales sunt quae a nativitate humidum habuerunt passibile de facili a calido potente, itaque calido agente in humido passivo et vehementi inflammari parato gnatur, inde multa ventositas sicut cum res inflammabilis valde in ignem fortem proiciatur tunc enim statim inde fumus ventosis et turbidus consurgit, sicut dicit Gal. in quarta particula *Affo*¹².

Al final de la nota a ese problema, reconoce que los melancólicos, tras esa conversión, experimentan deseo a causa del calor y la sequedad de sus carnes, de las que por tal razón han eliminado la humedad, y en esas condiciones asegura que ya no son melancólicos naturales sino melancólicos adustos. Al faltarles la humedad, que acaba por secárseles, introduce la duda de que los melancólicos adustos, por más lujuriosos que sean, por conservar la cualidad fría, estén en condiciones de practicar el coito con la perfección esperable, al igual que les sucede a animales como el asno y el mulo, a los cuales les atribuye la misma carencia en sus actividades sexuales:

Sunt etiam tertio bene sensitivi propter caliditatem et siccitatem carniarum suarum humido ex eis superfluo expulso. Neque est quae tales sicut secundo arguebatur sint contrarii colericis imo et ipsi iam facti sunt colerici humido eorum iam exsiccatum et aliquantulum adusto propter quod non simpliciter melancolici sunt dicendi sed melancolici potius adusti. Aut fortassis etiam melancolici sunt luxuriosi, idest vehementer coitum appetentes stimulate sicut fit quibusdam animalibus ob hoc frigide nature ut asinis et mulis non tam perfecte coitum exercere cum eis deficient sufficenter alia duo¹³.

En otra sección el pseudo-Aristóteles se ratifica en su opinión al equiparar la naturaleza del melancólico con la del vino por compartir los dos la humedad, que es la cualidad necesaria para el acto sexual.

¹² *Ibidem*

¹³ *Op. cit.*, fol. L2 VIIIro.

como lo demuestra que el miembro viril crezca rápidamente al llenarse de aire. Incluso recuerda que los muchachos, antes de ser capaces de producir semen, cuando se acercan a la pubertad, suelen frotarse los testículos, porque encuentran placer al hacerlo debido a que consiguen que salga aire por el lugar que cuando sean mayores saldrá el semen. Sin embargo, un poco después reconoce que la melancolía es fría por naturaleza:

Et propter hoc vino venereos facit, et recte dicitur Bacus et Venus adinvicem esse et melancolici plurimi veneri sunt ; opus vero venereum ventosum. Signum autem testiculis qualiter ex parvo velocem facit augmentum, propter id quod inflat, et adhuc prius-que possibile est mitti semen fit quedam delectatio in pueris existentibus quando prope pubertatem sunt pruriunt testiculi propter luxuria ; fit autem manifestum propter id quid ventositas egredit per poros per quos posterius humidum fert¹⁴.

El Pseudo-Aristóteles vuelve a insistir en que la bilis negra podía ser fría o caliente (no fría y seca), y en que si era muy caliente producía la exaltación, la inspiración y el deseo sexual. Se refiere de nuevo a la melancolía adusta, que por el calentamiento se convertía en cólera, que es un temperamento que sí experimenta la lascivia pero que, como hemos visto, tiene poca capacidad para satisfacerla. Por eso, Pedro de Abano cree necesario recuperar la idea incuestionable sobre las dos cualidades de la melancolía natural para recordar que solo la adusta producía los resultados que señala el texto que comenta:

Et ideo quia melancolici plurimi ventosi venerei extat precipue...
Dici autem plurimi propter melancolicos naturales frigidos et siccos, aut propter summe adustos, ita ut sint incinerati et infri-
gidati¹⁵.

Pero deja constancia que el autor del texto, al que se refiere como filósofo, el apelativo por antonomasia de Aristóteles, no se refiere a

¹⁴ Particula 30. problema I: fol. M viii vo.

¹⁵ Fol. M viii ro.

la melancolía natural porque no contiene las cualidades que podrían justificar esa lujuria entre los que sufren el temperamento en cuestión:

Sunt et alii melancolici quorum melancolia naturaliter est frigida et sicca in quibus calor est debilis et digestio diminuta atque anima postrata, et de talibus melancolicis non verificatur sermo philosophi¹⁶.

No en balde el anónimo autor de los *Problemata* había reconocido que el cuerpo que se disponía a la práctica sexual debía estar caliente y húmedo: “Aut corpus quod debet coire oportet intrinsecus callidum esse et humidum”¹⁷. Quizá por eso se acaba inventando una modalidad de la melancolía adusta que coincide más con el temperamento sanguíneo que con el colérico.

El temperamento del amante heroico

Para evitar esas contradicciones entre melancolía y amor hereos un médico contemporáneo a Gordonio, Arnaldo de Vilanova, compuso un pequeño librito exclusivamente sobre la segunda enfermedad que tituló *Tractatus de amore heroico*, incluido en las muchas ediciones de las *Opera omnia* de su autor, reimpresas constantemente a partir de 1504. Si Gordonio había empezado definiendo el amor hereos (llamado así porque se creía propio de los grandes señores), como “sollicitud melancólica por causa de amor de las mujeres”¹⁸, Vilanova lo hacía insistiendo en que era una “vehemens et assidua cogitatio supra rem desideratam cum confidentia obtinendi delectabile apprehensum ex ea”¹⁹. El enfermo tenía, pues, la expectativa de conseguir el placer que consideraba que iba a producirle la dama que se lo había despertado. Más adelante identifica el placer con el de tipo sexual (“coitus delectationem”, llega a aclarar). En ningún momento está considerando el amor heroico como un tipo de melancolía, sino como una obsesión

¹⁶ *Ibidem*

¹⁷ Part. IV, prob, 5; fol. i vo.

¹⁸ Gordonio 1991: 107.

¹⁹ Vilanova 1985: 46.

que provoca el deseo de un placer que se quiere satisfacer a toda costa para hacerla desaparecer de su mente. Precisamente creía que el deseo era el que desencadenaba en el organismo del amante un calor excesivo que afectaba al cerebro hasta llegarlo a secar privándolo de una humedad que necesitaba para que las potencias que solían situarse en sus ventrículos llegaran a funcionar correctamente. Para que esas potencias cerebrales dejaran de producir los errores que habían propiciado la obsesión en el amante entendía como imprescindible la eliminación de ese calor causado por un deseo que sólo podía extinguirse mediante su satisfacción a través del coito. Aconsejaba una actuación rápida para evitar que el enfermo fuera víctima de la melancolía y de la manía. En el proceso que imagina como origen de la enfermedad llega a referirse a la complexión típica del colérico para explicar la desecación cerebral que produce las alteraciones de las funciones que hacen que el enfermo magnifique las cualidades de su amada y oculte sus defectos.

En otra obra, que titula *De parte operativa*, al convencerse que el deseo sexual es el causante del amor heroico, supone al que lo padece una complexión que llama venérea en la que incluye como una de sus cualidades la humedad porque sin duda se está representando el temperamento típico del sanguíneo. También se refiere a la necesidad o utilidad que puede suponer para el amante la satisfacción de esa complexión para eliminar la humedad responsable de la excitación de sus órganos sexuales:

Causae antecedentes dispositiones corporis inclinantes ad talem concupiscentiam propter aliquam utilitate sive necessitate, sicut est inter virum et mulierem complexio venerea vel humiditas tillans in organis generationis et sic de alijs²⁰.

Un poco antes, en ese mismo tratado, había incluido la enfermedad de amor, que llama también hereos, como un tipo de alienación en que el amante no juzga correctamente al considerar la especie aprehendida de la amada como más excelente y deleitable que la de otra. Un juicio como éste excita en el amante un deseo tan vehemente que le lleva a perseguir a quien se lo provoca y a requerir a menudo toda su atención.

²⁰ Vilanova 1520: 273.

El resultado es la concupiscencia del individuo del género masculino que desea unirse sexualmente con el del género contrario:

Alienatio qua concomitatur inmensa concupiscencia, irrationalis et grece dicitur herois, id est domina rationis est corrupta scientatio, qua iudicatur apprehensum delectabilius aut excellentius esse quam sit, quapropter excitat vehemens desiderium ad quaerendum rem illam et suam cogitationem in ea frequentius. Cum haec species manifestatur in concupiscencia individui humani, qua individuum unius sexus complexari desiderat individuum sexus alterius vulgariter dicitur amor et a medicis amor heroicus²¹.

La enfermedad descrita en tales términos sólo la pueden padecer las personas con un temperamento en que se haga evidente, por su calor, el deseo sexual. Sólo hay dos temperamentos que cumplan con ese requisito, el sanguíneo y el colérico, con la única diferencia que al segundo le falta la humedad como para hacerlo realizable. El melancólico, como hemos visto, no estaría entre los grupos de riesgo de las personas que pueden sufrir una enfermedad que provoca semejante concupiscencia. De hecho, Vilanova aconseja que si el amante no puede expulsar el humor que le produce la enfermedad que al menos lo haga con otra mujer para de ese modo reprimir su lujuria, y, si no, al menos tenerlo ocupado en actividades deleitables para distraer su mente y despejarla de las tumultuosas nebulosas de la congoja.

Quod si res desiderata nequeat obtineri per usum expellentis, similibus heroicis temperatur, nam si desiderata persona propter carnis complacentiam non posset haberi, usus carnis in alia desiderium alterius reprimat, et velut delectabili occupatione detrahens mentem, nebulas tumultuosae solitudinis per magna parte dispergit²².

En el *Tractatus de amore heroico*, Vilanova también había propuesto la terapia sexual siempre que se efectuara con mujeres jóvenes y

²¹ Vilanova 1520: 270-271.

²² Vilanova 1520: 286.

la relación fuera satisfactoria: “et etiam quantum est ex arte coitu – precipue si cum iuuenibus et magis delectationi congruis exerceatur”. Si la enfermedad no se detenía por este procedimiento creía que el amante podía volverse melancólico y maniático hasta el punto de ver peligrar su vida:

Nisi huic furie celeriter obvietur, melancoliam parit in posterum et ut sepe contingit properat in maniam et quod gravius est quam plurimum languent, inde mortis periculum incurrentes²³.

En la línea de Vilanova, el médico portugués Valesco de Taranta, de principios del siglo XIV, en su libro *Philonium*, no había incluido la palabra melancolía en su definición del amor heroico que identificaba con un tipo de amor irracional por una mujer en que el enfermo no tenía muy buenas intenciones:

Est autem amor hereus amor inordinatus et irrationalis que aliquis habet erga aliquam mulierem non propter bonum finem. Est ergo amor hereos cum sollicitudine immensa propter amores mulieris²⁴.

El médico portugués dejaba muy claro que esas intenciones, no dirigidas a un buen fin, sólo podían ser deshonestas. Reproduce en la definición la misma palabra que Gordonio, “sollicitudo” pero para acompañarla de un adjetivo muy diferente que subraya la magnitud de la pena o congoja que padece quien ama en esos términos. Por esa razón, recomienda como medida prioritaria entregarle al enfermo de amor a la persona de la que se ha enamorado pero no queda claro si es para satisfacer su deseo o simplemente para besarla y abrazarla, como más adelante recomienda hacer con otras damas de su misma condición social: “Prima est que detur sibi illa quam diligit”²⁵; en un incunable lionés se imprime “Prima est que traditur sibi illa quam diligit heroice”²⁶. Más adelante, como remedio independiente, citando el *Li-*

²³ Vilanova 1985: 53.

²⁴ Taranta 1535, fol. XXIII vo.

²⁵ Taranta 1535, fol. XXIII ro.

²⁶ Taranta 1490, fol. XIII ro.

ber ad almansorem de Razis, se refiere a la utilidad de coito practicado incluso con otras mujeres que no sean las que han causado la enfermedad del amante, siempre y cuando las elegidas no produzcan repulsión y huelan mal, porque el enfermo podrá decir que no se parecen en nada a su amada. Con tales precisiones, parece dar a entender que el coito el paciente también podía haberlo realizado con la amada, pero si así fuera se contradecería cuando más abajo lo descarta con las mujeres de la aristocracia que propone como sustitutas para llevar a cabo un juego erótico muy limitado. Es, sin embargo, muy preciso cuando insiste en que el coito, se practique con quien se practique, se ha de practicar muchas veces si la vida del amante puede llegar a peligrar:

Tredecimo dicit Rab 4º *ad almansorum*... de utilitate coito : si quis etiam amore mulieris coartat ut quasi ad mortem deveniat et multotiens utilitat coitu, licet ea non potiatur quam diligit ; sedatur tamen eius furiosus amor non tamen facias ipsum coire cum turpis et fetida quia tunc arguit et dicit non est talis illa qua diligo²⁷.

Como noveno remedio había aconsejado al enfermo fijarse en otras damas de su misma condición social a las que permite hablarles y besarles. No hace otra cosa que adaptar la recomendación de Ovidio de amar a más de una mujer porque si una lo rechaza la otra puede corresponderlo:

Nono ad hoc iuvat ut diligat plures et illas osculent et cum eis loquatur, ut eius amor erga eam non sit totus sed dividat. Ideo dicebat Ovidius: hortor ut pariter binas habeatis amicas. Fortior plures si quis habere potuit. Nam si una dicit non, altera dicit sic²⁸.

En esas relaciones que aconseja establecer entre las jóvenes de su misma clase social, Valesco no contempla por supuesto las de tipo sexual. Al considerarlas infalibles para el amor heroico incluye otro remedio, por si los besos y el diálogo son insuficientes, que consiste en el matrimonio del enfermo con cualquiera de esas damas a las que había

²⁷ Taranta, 1535, fol. XXIV ro.

²⁸ Taranta, 1535, fol. XXIV ro

podido cortejar pero con las que no podía realizar el coito si no contaba con la bendición del sacramento que lo permitía:

Decimo si hec non sufficient, ducat uxorem, et sine dubio mitigabitur fatuitas ipsius²⁹.

En el apartado de las aclaraciones describe los temperamentos que más fácilmente pueden contraer el amor hereos. Afirma que los más propensos a padecerlo son los sanguíneos y coléricos por la retención de unos humores sobrantes que considera importantes en el origen de la enfermedad; por esa razón los enfermos de amor con esos dos temperamentos deben limitarse a purgar esos humores retenidos. Asegura que los melancólicos también sufren con frecuencia la enfermedad a causa de una imaginación intensa, que hace que retengan durante más tiempo la imagen de la dama de la que se han enamorado. Por último dice que los flemáticos, los viejos y las mujeres raramente padecen esta enfermedad, porque los tres son de naturaleza más fría y menos caliente, poco dados a los deseos sexuales. Incluye en ese grupo a los pobres indigentes que no tienen nada que comer, y en el contrario a los ricos y poderosos que no han de trabajar:

Sexto sciendum que sanguine et cholericis et bene complexionati citius incurrat hanc passionem ratione retentonis superflui in quanto quia hec maior pars est huius passionis. Melancholici frequenter propter afflictionem imaginationis. Primi facilius curantur ; secundi difficiliter, que impressio facta in re [duriori] durabilior est. Flegmatici et senes et qui non habent quid manducare raro et mulieres raro, quia frigide sunt. Et ideo masculi brutorum que calidiores cum maiore impetu et furiositate ad coitum movent. Et divites et bene habentes et non laborantes hanc incurrunt frequentius passionem³⁰.

Si bien no lo reconoce de manera explícita, podría dar a entender que los melancólicos lo tienen muy crudo para superar el amor hereos porque en ellos no está indicada la terapia que para los otros tempera-

²⁹ Taranta, 1535, fol. XXIX ro

³⁰ Taranta, 1535, fol. XXIV vo

mentos parece tan eficaz. Al ser la suya una obsesión mucho mayor, producida porque conservan durante más tiempo la imagen de la amada en su cerebro, se les debe aconsejar remedios que ayuden a borrarla de ese lugar en que se ha impreso con tanta dureza. No obstante, Valesco podría incurrir en una contradicción, porque lo que hace que la imagen de la amada se fije con mayor fuerza en los ventrículos cerebrales es el calor que el melancólico natural no tiene. Podría, pues, estar refiriéndose al melancólico adusto, que por la sequedad y el calor es el que produce la desecación del cerebro, al privarle de una humedad, que tampoco recupera a través de la relación sexual.

El médico español, Francisco López Villalobos, posiblemente amigo de Rojas, tradujo al castellano, en su *Sumario de la medicina*, aunque no muy literalmente y en verso, el *Philonium*, de cuyo capítulo sobre el amor hereos eliminó la primera terapia quizá por considerarla conflictiva al propiciar una relación entre jóvenes de la nobleza que sólo se permitía si estaban casados. No descarta la terapia sexual al aconsejarla con prostitutas que pueden conseguir a través de proxenetas, pero a diferencia de su fuente nada dice del aspecto de las muchachas con las que ponerla en práctica. Después incluye el remedio de las viejas que, siendo expertas en las artes de la hechicería, saben sofocar la lujuria en quienes la han experimentado de manera enfermiza:

Después vejezuelas le deben traer
A que le desliguen, que bien saben dello³¹.

Valesco, en cambio, se había referido a otra de las habilidades que las viejas dominaban perfectamente, la de saber también provocar la lujuria en quien se resistía a dejarla aflorar o estaba lejos se sentirla:

Ad hoc etiam valent vituperia vetularum, que sciunt ligare in
amore et etiam sciunt desligare et noscunt artem disligandi³².

Villalobos sólo reproduce una parte de la terapia, la correspondiente al desenamoramiento de amante heroicus, y omite, en cambio, la de

³¹ Villalobos 1973: 41.

³² Taranta 1535, fol. XXIV ro.

su enamoramiento, como si entendiéndose como peligrosa esa posibilidad para evitar que ocurriera lo que en realidad le ocurre a Melibea. Con independencia a todas las mencionadas, el médico salmantino también recomienda la boda del enfermo con una mujer, dando a entender en su falta de concreción que no podía ser con la amada: “Deceno le hagan casar con mujer”³³. Es la medida que había propuesto Velasco cuando creía que la alternativa de los besos era insuficiente.

Por lo que respecta al tipo de mujer con la que aplicar la terapia sexual, los médicos, como hemos visto, discrepan. Vilanova no llega a ser demasiado explícito al referirse a jóvenes bellas, porque con esos datos podía apuntar tanto a nobles como a plebeyas; Valesco de Taranta llega a serlo mucho más cuando descarta a las damas de la nobleza como mujeres con las que el enfermo puede desahogarse sexualmente al sugerirle esa posibilidad solo dentro del matrimonio; sin embargo, siguiendo a Avicena, opta por una clase de mujer que tenga un aspecto digno, pensando en prostitutas que, al igual que Areúsa, lo podían tener. Villalobos, por su parte, no duda en apostar por mujeres que sólo pueden proporcionar los proxenetas, es decir, por cualquier tipo de prostituta. Un médico francés, Jacques Despars, en su comentario a Avicena, compuesto en la primera mitad del siglo XV, no sólo incluye a las prostitutas, distinguiendo entre las que vivían en el burdel y las callejeras, sino también a las siervas que llega a considerar esclavas, con quienes el señor podía permitirse determinadas licencias de carácter sexual: “meretricibus aut publicis feminis aut de servis emptis quas sclavas vocamus”³⁴. Los teólogos no pudieron aceptar la terapia sexual, aunque fuera ejercida con mujeres que no les merecían ningún tipo de consideración, y propusieron la alternativa del matrimonio, al igual que Valesco, Villalobos y muchos autores contemporáneos de Rojas, desde Juan de Mena a Luis de Lucena. Pero si unos pocos médicos dejaron de aconsejar el coito (ni tan siquiera canalizado a través del matrimonio) no fue tanto por los conflictos morales que la prescripción de una terapia de ese tipo podía ocasionar, sino por razones científicas, al descartarla para unos enfermos a quienes, por su naturaleza débil, no

³³ Villalobos 1973: 41-

³⁴ La cita la he tomado de Wack 1990: 68, pero discute el problema en esa página y otras anteriores (41-43).

les iba a beneficiar en nada³⁵. Incluso los sexólogos orientales que la recomendaban tenían que prever una dieta especial para compensar las dos cualidades que los enfermos iban a eliminar al practicar el coito. Esa dieta no era necesaria para los sanguíneos porque las necesitaban expulsar de su organismo para recuperar el equilibrio de sus humores³⁶.

Amor y melancolía en “La Celestina”

El “antiguo autor” y Rojas debieron conocer todas estas teorías sobre la melancolía y la enfermedad de amor y de alguna manera intentaron aplicarlas a la obra que empezó uno y acabó el otro. No hay ninguna duda de que los dos han querido presentar a Calisto como un enfermo de amor³⁷. Curiosamente se la diagnostica el criado llamado Sempromio, quien le recuerda a su señor que una vez haya seducido a Melibea ya no la creará tan excelente como la cree en ese momento en que se

³⁵ Es argumento éste en el que ya había reparado Cátedra 1989: 65-66 para justificar la tesis universitaria de cariz naturalista que está presente en la Salamanca en la que estudiaron Rojas y el antiguo autor.

³⁶ El autor del *Liber minor de coitu* aconseja su práctica sobre todo a los sanguíneos jóvenes que tienen abundancia de semen y necesitan eliminarlo para evitar graves problemas de salud; al final, también recomienda la relación sexual para aplacar la ira y eliminar la melancolía (1987: 78-80); en cambio, en otro capítulo, recuerda que las personas con complexión seca y fría tienen poco deseo y escasez de esperma, por lo que les es perjudicial la actividad venérea (1987:60). Por tal razón prevé para los melancólicos una dieta especial, consistente en afrodisíacos, para despertar ese deseo que no sienten (1987: 92). El autor catalán del *Speculum al foder* recuerda que “aquells qui han les complexions, fredes e seques, quan usen molt lo foder, ha mester que mengen viandes caldes humides” (2007: 51-52); entre los beneficiados por el coito menciona a los melancólicos y a quienes les “assuauja l’amor de l’enamorament, per bé que no ho faça a sa enamorada” (2007: 61). En ese punto el anónimo catalán sigue muy de cerca el *Liber de coitu* de Constantino el africano, quien cita al mismo tipo de personas: “furores mitigat, prodest melancolicis et amentes revocat ad noticiam et solvit amores concupiscencia, licet concumbat cum alia quam concupivit” (Constantino Africano 1983: 126 y 128); sin embargo, como los autores anteriores reconoce que los de complexión fría y seca no tienen apetito, porque carecen del calor que lo origina, y el semen será escaso por faltarles la humedad (Constantino el Africano 1983: 100).

³⁷ El trabajo clásico que estudia al protagonista de *La Celestina* desde ese punto de vista es el de Cátedra 1989.

le resiste³⁸. El criado es partidario de la terapia sexual para devolverle la salud a su amo. Incluso emplea el mismo verbo que el traductor de Gordonio para referirse al remedio, si bien el anónimo castellano no parece darle un sentido tan explícito como el criado por no recomendar de manera categórica el autor al que traduce la satisfacción de un deseo que sin embargo atribuye al enfermo cuando se enamora. Sempronio, tras oír con paciencia la descripción que Calisto ha hecho de la belleza de Melibea, le asegura que ahora no es capaz de reconocer sus defectos porque no ha satisfecho el deseo que los oculta; cuando lo haga, seguro que no la encontrará tan perfecta como antes:

Possible es [la relación sexual con ella], y aun que la aborrezcas cuando agora la amas podrá ser, alcanzándola y viéndola con otros ojos, libres del engaño en que agora estás³⁹.

Gordonio explica que el amante heroico, al juzgar a la amada dotada de las mayores cualidades físicas y morales, experimenta un deseo desmedido en cuya satisfacción basa toda su felicidad:

E por eso muy ardientemente la cobdicia sin modo e sin medida, teniendo opinión que si la pudiese alcanzar, que ella sería su felicidad e su bienaventuranza⁴⁰.

La versión original emplea el mismo tipo de lenguaje aunque introduce un complemento directo para “attingere” que rebaja sin duda el sentido erótico que podía tener el verbo:

Et ideo ardenter concupiscit eam et sine modo et mensura, opinans si posset finem attingere, quod haec esset sua felicitas et beatitudo⁴¹.

³⁸ Esa segunda escena en que el antiguo autor parece parodiar las dificultades que los médicos tenían para poder diagnosticar el amor hereos para una vez las había superado ofrecer la terapia más adecuada ha sido magistralmente estudiada por Amasuno 2000.

³⁹ Rojas 1996: 41 y 2000: 46.

⁴⁰ Gordonio 1991: 107.

⁴¹ Gordonio 1574, fol. 126.

La melancolía de Calisto

¿Pero qué temperamento atribuyen los dos autores a su protagonista? ¿Llega realmente a cambiar éste después de la relación sexual con Melibea? La respuesta, como veremos, no es nada sencilla⁴². En la segunda escena de la obra, el “antiguo autor” atribuye a Calisto una reacción colérica con su criado al desearle la muerte simplemente por haber sido rechazado por su dama. También la ira podía habersele acentuado al advertir que Sempronio le había engañado al decir estar ocupado en una labor que no podía estar ejerciendo por el lugar del que había salido al oír las voces de su amo. Sin embargo, tras ese acceso de cólera, cae en una profunda melancolía al pedirle al criado que le prepare la habitación, cerrando las ventanas, para quedarse solo y a oscuras:

Cierra la ventana y deja la tiniebla acompañar al triste, y al desdichado la ceguedad. Mis pensamientos tristes no son dignos de luz...⁴³.

Sempronio no da crédito a lo que hace Calisto por considerar inexplicable una conducta que al parecer nunca antes había tenido su amo. Se pregunta a sí mismo qué es lo que lo ha hecho cambiar de esa manera, porque siempre lo había visto alegre y contento:

⁴² Fraker 1993 estudia los temperamentos de todos los personajes de la obra para centrarse en el de Calisto, de quien dice que cuando está enfermo de amor presenta las características del melancólico o de unas de sus variantes; pero está convencido de que antes de ser víctima del amor hereos, por las informaciones que da Melibea de él, debía de tener otro temperamento, el sanguíneo o colérico. Basándose en determinadas obras de Shakespeare, y especialmente en *Hamlet*, y textos médicos, cree que una persona puede cambiar de temperamento a causa de un gran crisis (148). Por lo que respecta a Melibea, opina que sufre una transformación parecida a la de su amante: de la fase colérica pasa a otra de melancolía (148-151). Para llegar a estas conclusiones emplea obras diferentes a las que he usado yo para mi trabajo. Sólo coincidimos en el uso del *Corbacho* del Arcipreste de Talavera.

⁴³ Rojas 1996: 27 y 2000: 29.

¿Cuál fue tan contrario acontecimiento que ansí tan presto robó el alegría de este hombre, y lo que peor es, junto con ella el seso?⁴⁴

El criado parece renuente a entrar en la habitación en que se ha recluso su amo, porque teme una reacción violenta por su parte. También teme que Calisto, por verlo tan mal, ponga fin a su vida, y que lo acusen a él de haberlo asesinado. Cuando ya se había decidido a entrar, oye a su amo llamarlo para que le traiga un laúd y cante la canción más triste que se sepa. Entonces Sempronio le canta el romance del incendio de Roma por Nerón e inicia con su señor un diálogo en que acaba adivinando ese “contrario acontecimiento” que ha cambiado inesperadamente a Calisto. Tras oír el romance, Calisto considera el fuego que le quema a él mucho mayor que el incendio que quemó a toda una ciudad con sus habitantes. Sostiene que si el fuego del purgatorio es igual al que sufre por el de Melibea prefiere dejar de soportarlo renunciando no sólo a la posibilidad de alcanzar el paraíso, sino también a la inmortalidad de su alma. Al insistir en ser víctima de ese elemento, podría estar reconociendo que el temperamento colérico, asociado al fuego, se ha apoderado de él⁴⁵. En ese sentido es, por tanto, normal que la lujuria inspire las observaciones que introduce desde ese instante. En el diálogo posterior, el criado no deja de percibir esa lujuria de su amo, al acusarle de pretender cometer peor pecado que los de Sodoma, después de haberle oído llamar Dios a Melibea, porque ellos había pretendido acostarse con los ángeles, mientras que él aspira a hacerlo con el mismísimo Dios. Ante el comentario, Calisto no puede evitar la risa, dando muestras que su temperamento en un principio había podido ser más alegre:

Maldito seas, que hecho me has reír, lo que no pensaba hogaño⁴⁶.

A partir de ese punto, Sempronio practica la terapia de la degradación del género femenino para corregir esa imagen tan excelente e inmaculada que su amo ha llegado a tener de Melibea. De todos los vi-

⁴⁴ Rojas 1996: 28 y 2000: 30.

⁴⁵ Rojas 1996: 31 y 2000: 33-34; el primero en identificar el temperamento de Calisto como el melancólico adusto fue De Armas 1975.

⁴⁶ Rojas 1996: 34 y 2000: 37.

tuperios que dedica a la mujer llama la atención la zoofilia que atribuye a tres de su sexo. Dos de la mitología y una de la familia de Calisto. Tras oír tales denuestos el efecto producido en su señor es reconocer aún más encantos en su amada: “Mientras más me dices y más inconvenientes me pones, más la quiero. No sé qué es”⁴⁷. Esa reacción ya estaba prevista por médicos como Avicena según se encarga de subrayar Gordonio: “Algunos son que se gozan en oír las cosas fediondas e las que no son lícitas”⁴⁸. Sempronio ha asumido el papel que estos dos médicos habían recomendado dejar en manos de unas viejas que se habían especializado en esa labor de la difamación y degradación de las de su género. Cuando ha visto que ese plan no le ha funcionado es cuando el criado se decide por una de las expertas en el arte del enamoramiento a través de métodos procedentes de la magia.

En el auto II, cuando ya ha llegado a un acuerdo con la alcahueta para que aplique ese método a Melibea y la haga arder de amor, Calisto ordena a Sempronio que la siga para que la urja a llevar a cabo su cometido. Sin embargo, el criado no quiere dejarlo solo para poder entretenerlo y evitar que siga recluyéndose en la soledad y oscuridad de su aposento sin otros pensamientos que los dedicados a Melibea. Pronostica que de no cambiar sus hábitos de comportamiento corre el peligro de enloquecer y morir. Al final accede a marcharse porque en su labor de entretenerlo Calisto se compromete a llamar a Pármeno:

Mas ¿cómo iré, que en viéndote solo dices desvaríos de hombre sin seso, suspirando, gemiendo, mal trovando, holgando con lo oscuro, deseando soledad, buscando nuevos modos de pensativo tormento. Donde, si perseveras, o de muerto o loco no podrás escapar, si siempre no te acompaña quien te allegue placeres, diga donaires, tanga canciones alegres, cante romances, cuente historias... finalmente sepa buscar todo género de dulce pasatiempo para no dejar trasponer tu pensamiento en aquellos crueles desvíos que recibiste de aquella señora en el primer trance de tus amores⁴⁹.

⁴⁷ Rojas 1996: 38 y 2000: 42.

⁴⁸ Gordonio 1991: 108.

⁴⁹ Rojas 1996: 76 y 2000: 86.

Pármeno no proporciona la distracción esperada a su amo, sino que le recrimina los métodos empleados para conseguir la seducción de Melibea. Calisto le reconoce a su criado hallarse en un estado que las reconvenciones no pueden hacerle desistir de su amor por Melibea; al no obedecer a la razón, no quiere oír a nadie decir que olvide a Melibea:

Sabiendo que mi pena y mi flutuoso dolor no se rige por razón, no quiere avisos, carece de consejo; y si alguno le diere, sea tal que no aparte ni desgozne lo que sin las entrañas no podrá despegarse⁵⁰.

En ese aspecto, ha seguido el planteamiento que hace Gordonio en el apartado de las terapias del amor hereos, distinguiendo si el enfermo obedece o no a razones. Si las obedece hay que aplicarle la terapia de los razonamientos; si no, conviene recurrir a otras más drásticas y rigurosas:

O este enfermo está obediente a la razón o no, e si es obediente, quítenlo de aquella falsa opinión o imaginación algún varón sabio de quien tema e de quien haya vergüenza con palabras e amonestaciones... E si a la razón no es obediente e es mancebo, sea castigado de tal manera que sea azotado...⁵¹.

Rojas ha seguido con la misma ironía que el antiguo autor al presentar los consejos de un criado adolescente como si fueran los de un sabio varón. En cualquier caso, Calisto reconoce necesitar otro tipo de terapia que la ensayada por su criado. Cansado de tantas amonestaciones, Calisto acaba decidiendo salir a pasear en caballo, por lo que da la orden de que se lo limpien para poder lucirlo por si pasa por delante de la casa de Pleberio, y de esa tarea ha de ocuparse Pármeno al no estar en las caballerizas el mozo a quien hubiera correspondido hacerlo. Al salir a la calle, Calisto abandona esa habitación oscura en que había estado buena parte del acto I. En ese sentido, imita a Euríalo que al lado del Emperador también se paseaba por delante de la casa de Lucrecia. En el auto IV, después del paseo, ha regresado a su casa, donde recibe a

⁵⁰ Rojas 1996: 80 y 2000: 90.

⁵¹ Gordonio 1991: 108.

Celestina por segunda vez para conocer el relato de ese primer encuentro de la alcahueta con Melibea. Se comporta como un loco, no sólo al arrodillarse ante la vieja, sino al tratar el cordón de su amada de manera muy lasciva, según se intuye de la reconversión de Sempronio, quien le afea estar gozando de esa prenda como si estuviera seduciendo a su dueña. Calisto no vuelve a aparecer hasta el acto VII, cuando Sempronio le notifica a Pármeno, tras desvalijar los dos su despensa, que su amo está donde lo había dejado la noche anterior, después de haberse marchado la alcahueta, en un estado semiinconsciente tumbado en el suelo de su habitación, concretamente en el estrado, la tarima sobre la que, recubierta por una alfombra, se montaba la cama. Al pasar la noche con Areúsa, Pármeno no sabe qué ha hecho su amo en las últimas horas, desde que lo dejó en su casa la tarde anterior al haber de salir para acompañar a Celestina. Sempronio fue, pues, el último que vio a Calisto antes de acostarse en el estado lamentable en que sigue estando en ese momento del mediodía en que su nuevo amigo le ha preguntado por él. Las buenas noticias que le había traído la alcahueta sobre los grandes logros conseguidos en esa primera entrevista con Melibea no han mejorado la locura ni la alienación de nuestro protagonista:

Allí está, tendido en el estrado cabe la cama donde le dejaste anoche, que ni ha dormido ni está despierto. Si allá entro, ronca; si me salgo, canta y devanea. No le tomo tiento si con aquello pena o descansa⁵².

Los dos criados suben a la habitación del amo donde lo oyen cantar dos canciones de tema amoroso. Al advertir su presencia, Calisto les pregunta qué hora es, porque no tiene conciencia de si es de día o de noche. Al oír las campanas tocar a misa de las doce, resuelve levantarse para ir a la iglesia de la Magdalena y rogar en ella a Dios que guíe a la alcahueta en la consecución de su fin de provocar a lujuria a Melibea⁵³. Para semejante cometido no podía haber elegido mejor iglesia. Informa a sus criados que piensa pasarse todo el día en su interior hasta que

⁵² Rojas 1996: 169 y 2000: 194.

⁵³ En el *Tratado de amores*, siguiendo la obra de Andreas Capellanus, el protagonista también está dispuesto a decir oraciones y practicar todas las obras de caridad para conseguir su “deseado gozo” (2001: 89-90).

anochezca. Engulle un pedazo de cidra confitada como único alimento que piensa ingerir en todo ese tiempo. Por la tarde, tras el banquete en casa de Celestina y la segunda visita de la alcahueta a casa de Melibea, con quien ya ha concertado una cita con Calisto, los tres, la vieja y los dos criados, lo hallan aún en la iglesia. En el camino hacia la casa de su cliente, la alcahueta le hace saber el éxito de su empresa que se confirma con una cita esa misma noche, a las doce, en la puerta de la casa de Melibea. Ante la inminencia de tan esperado encuentro, Calisto debe reprimir su ira al responderle su criado, tras preguntarle la hora, que son las diez cuando él ha oído al reloj dar once campanadas. Sempronio reconoce a su amo la negligencia pero aconseja prepararse adecuadamente en la hora que les queda para acudir a la cita. Una vez se halla en la puerta de la casa de su amada se muestra impaciente por satisfacer el deseo que lo ha sumido en la locura de los dos últimos días. Por querer habría querido derribar la enorme puerta que le separa de Melibea, sin temer las consecuencias que de esa acción podría derivarse para los dos. La muchacha, más juiciosa, lo convence de que ésa no es buena idea, porque despertaría no sólo a sus padres sino a media ciudad. Entonces le propone que vuelva a la noche siguiente a la misma hora pero por las paredes de su huerto. Al oír decir a su amada que es yerro el acto que piensan consumir, Calisto le responde que no se le puede considerar de ese modo porque cree que se lo ha concedido Dios por habérselo pedido insistentemente con sus oraciones en la iglesia de la Magdalena. De algún modo sigue dando muestras de la misma alienación que en la escena inicial le había inspirado las herejías que le llega a decir a su amada. Al regresar a su casa, sin embargo, puede conciliar el sueño y dormir toda la noche sin padecer ningún sobresalto. No sabe a qué atribuir esa facilidad para el reposo, si a la alegría de tener la certeza de que seducirá a Melibea o al cansancio físico del último día y medio. Cree también que las pocas esperanzas que tenía de seducir a Melibea habían acentuado los pensamientos en torno a su amada que no lo habían dejado descansar ni de día ni de noche. Por un momento piensa que el encuentro de la noche anterior lo ha soñado y que no ha ocurrido en verdad:

¡Oh cómo he dormido tan a mi placer después de aquel azucarado rato, después de aquel angélico razonamiento. Gran reposo

he tenido; el sosiego y descanso ¿proceden de mi alegría, o lo causó el trabajo corporal mi mucho dormir, o la gloria y placer del ánimo?⁵⁴

Esta segunda noche de Calisto ha sido muy diferente a la primera, la del día en que fue rechazado por su dama. Si entonces se sentía triste y enojado, ahora parece feliz y contento; si entonces no había pegado ojo en toda la noche, tumbado en la tarima junto a la cama, ahora ha dormido en ella de manera confortable. Para cambio tan drástico sólo hay la explicación de las actitudes tan distintas que ha tenido Melibea de un encuentro a otro con su pretendiente. Pero Calisto aún no ha satisfecho su deseo sexual como para darse físicamente liberado de unos humores que habrían provocado su enfermedad. Al despedirse de su dama aún ha dado síntomas de seguir padeciendo la misma locura que la primera vez en que tuvo ocasión de hablarle. En esas condiciones de mejoría recibe la trágica noticia de la ejecución de sus dos criados por haber asesinado a Celestina. Si en un primer momento lamenta la muerte de Sempronio y Pármeno, entre otras cosas porque puede verse perjudicado en su honra personal, al relacionarlo con el crimen de la alcahueta, rápidamente se sobrepone al infortunio para preparar la cita de esa noche con Melibea. Sigue siendo su amada la que acapara toda su preocupación, de la que no lo llega a distraerle la noticia que le acaba de comunicar Sosia, desmintiendo así el consejo que daba Gordonio de mencionar al enfermo de amor sucesos tristes, “porque la mayor tristeza hace olvidar la menor tristeza”. Para preservar la honra propia y la de su dama, Calisto aparentará ignorancia sobre los hechos fingiendo haber estado ausente de la ciudad hasta el día siguiente. Por la noche, con la ayuda de dos nuevos criados, Sosia y Tristán, escala las paredes del huerto de su amada para sin más dilación llevar a cabo el tan ansiado coito con Melibea. La doncella se queja de los malos modos de su amante, a quien reprocha querer arrebatarle una virginidad que, una vez arrebatada, ya no podrá restituírle (sobre todo, porque ha muerto quien podía hacerlo). Calisto le responde que no ha deseado otra cosa en su vida que eso, y ahora que está en condiciones de conseguirlo ni él mismo podría impedírsele encendido como está en presencia de su

⁵⁴ Rojas 1996 : 239 y 2000: 263.

amada. Sin ningún tipo de cortesía ni preámbulo, la aborda para quitarle la ropa y seducirla al instante. De ahí que Melibea le reproche que haya sido tan brusco y poco delicado:

Por mi vida, que aunque hable tu lengua cuanto quisiere, no obren las manos cuanto pueden. Está quedo, señor mío. Bástete, pues ya soy tuya, gozar de lo exterior, desto que es propio fruto de amadores; no me quieras robar el mayor don que natura me ha dado. Cata que del buen pastor es propio trasquilar sus ovejas, pero no destruirlo y estragarlo⁵⁵.

De hecho, Melibea le pide al amante todos los grados del amor a excepción del último, que es el coito. Le habría gustado que la hubiera tocado, abrazado y besado, pero no desvirgado. Imaginaba que con ese juego erótico podía haber suficiente para la satisfacción de los dos. Sin embargo, Calisto argumenta que si de verdad desea curar su enfermedad ha de practicar el coito, dando a entender que no conoce otra terapia para un mal como el suyo. No quiere volver a sufrir como lo hizo la vez en que lo rechazó:

¿Para qué, señora? ¿Para qué no esté queda mi pasión? ¿Para penar de nuevo? ¿Para tornar el juego de comienzo? Perdona, señora, a mis desvergonzadas manos, que jamás pensaron de tocar tu ropa, con su indignidad y poco merecer, agora gozan de llegar a tu gentil cuerpo y lindas y delicadas carnes⁵⁶.

Melibea, al darse cuenta que no podrá evitar que Calisto la seduzca, ordena a Lucrecia que se vaya para no convertirla en testigo de algo que habría deseado que no ocurriera. Calisto responde que no hace falta que la criada se ausente porque querría que los contemplase en la realización del acto sexual. Por eso, Melibea le confiesa que de haber sabido que iba a ser tan descortés con ella, por seducirla a toca costa y ser tan poco discreto ante la criada, no le habría citado en el huerto. Seguramente le habría permitido, desde el punto de vista sexual, lo que Carmesina a Tirant las dos primeras veces que deciden compartir el

⁵⁵ Rojas 1996: 248 y 2000: 273.

⁵⁶ Rojas 1996: 250 y 2000: 273

lecho estando los dos desnudos⁵⁷. La princesa de Constantinopla exige a su amante que no le arrebatase la virginidad, pero le tolera todo tipo de juegos eróticos, algunos bastante atrevidos, como el beso en los pechos. En la *Historia de duobus amantibus*, Lucrecia también le pide a Euríalo que se limite a abrazarla y besarla, pero que no llegue al último grado del amor⁵⁸. En ese caso, la petición de la dama sienesa no tiene demasiado sentido, porque, al estar casada, debe haber perdido la virginidad. Euríalo reacciona como Calisto, pero su argumento es un poco diferente, porque la convence de que si alguien lo ha visto entrar en su habitación no dejará de pensar que ha practicado el coito, por lo que si se abstienen de hacerlo los difamarán sin razón; y si por suerte nadie los ha sorprendido, al no llegarse a saber, podrán, de ejecutarlo, mantenerlo en secreto sin peligro a ser descubiertos. Añade un último razonamiento por el que trata de demostrar a su amada que perdería el tiempo si pudiendo conseguir lo que tanto deseaba dejara de intentarlo⁵⁹.

Al regresar a su casa, tras haber satisfecho por fin su pasión, Calisto se halla en una situación similar a la de dos días anteriores. Le apetece estar solo y a oscuras, pero tampoco en esta ocasión sabe cómo explicar esa preferencia cuando debería de estar dando saltos de alegría. Cree

⁵⁷ El primer encuentro entre Tirant y Carmesina ocurre en el castillo de Mallveí y lo narra Plaerdemavida como si lo hubiera soñado. La escena de amor entre los dos protagonistas se desarrolla a la vez y en la misma habitación que la Diafebus y Estefanía, con la única diferencia que estos últimos celebran lo que ellos mismos llaman “bodas sordas”, que implican el coito. Tirant y Carmesina, en cambio, no lo practican porque la princesa no se lo permite, pero el capitán sí la llega a desnudar de cintura para arriba para besarle los pechos, pero, si bien lo intenta, su amada no le deja meter la mano debajo de la falda “per cercar-vos les puces” (Martorell 1990 562-563). El segundo encuentro entre los dos amantes se produce después de unas fiestas que el Emperador convoca en honor al capitán bretón por las batallas que ha ganado. Carmesina lo recibe en su cama pero con lágrimas lo convence para que con su “artelleria” no quisiera entrar “en lo castell”, y los dos se pasaron la noche “jugant e solaçant, adés al cap del llit, adés al peus. fent-se moltes carícies, mostrant casco en aquell cas molt gran contentació” (Martorell 1990: 796-797). En esas dos situaciones, Tirant, a diferencia de Euríalo y Calisto, ha sabido contenerse y respetar la voluntad de su amada.

⁵⁸ Lucrecia ante el abordaje de su amante con claras intenciones de seducirla le dice que su amor “no requería más abrazar y besar” (Piccolomini 2003: 340); en la versión latina, la petición de la dama sienesa se limitaba a “verba et oscula” (Piccolomini 2004:72).

⁵⁹ Piccolomini 2003: 340 y 2004: 72

que su angustia (“solicitud”, llama a esa tristeza) puede explicarse por echar ya de menos a Melibea, de la que no hace ni una hora que se acaba de separar. Conjetura también que puede deberse a la muerte de sus dos criados, que es un suceso del que no había sido plenamente consciente al haber tenido como prioridad la cita con Melibea. Ahora, después de haber logrado lo que tanto anhelaba, es capaz de dejar de pensar en su dama para hacerlo en las circunstancias que lo implican en un caso de asesinato. Reflexiona sobre la actitud del juez de ejecutar a sus dos criados cuando podía haberles conmutado la pena habida cuenta que quien la ha dictado le debía muchos favores por haber sido en el pasado criado de su padre. Sin embargo, lo acaba exculpando convenciéndose de que no podía hacer otra cosa, por el estado de los homicidas, muy malheridos por haber saltado por una ventana, y que en el fondo lo había beneficiado al ahorcarlos de madrugada para evitar dar publicidad a la ejecución. Cuando ha sacado esas conclusiones parece dar el caso por zanjado y vuelve a dedicar sus pensamientos a Melibea, a quien ahora recuerda en una actitud no tan mojigata como había dado ella a entender con sus palabras. La recuerda fingiendo un desdén que su amada no sentía, indecisa no sabiendo si abrazarlo o soltarlo, si huir o abalanzarse sobre él, deseando y temiendo a la vez:

¡Oh mezquino yo, cuánto me es agradable de mi natural la solicitud y silencio y oscuridad!. No sé si lo causa que me vino a la imaginación la traición que hice en me despartir de aquella señora que tanto amo hasta que más fuera de día, o el dolor de mi deshonor (...) Pero tú, dulce imaginación, tú que puedes, me acorre. Trae a mi fantasía la presencia angélica de aquella imagen luciente; vuelve a mis oídos el suave son de sus palabras, aquellos desvíos sin gana, aquel ‘Apártate allá, señor, no llegues a mí’, aquel ‘No seas descortés’ que con sus rubicundos labios vía sonar, aquel ‘No quieras mi perdición’ que de rato en rato proponía; aquellos amorosos abrazos entre palabra y palabra; aquel soltarme y prenderme; aquel huir y llegarse; aquellos azucarados besos...⁶⁰.

⁶⁰ Rojas 1996 y 2000: 277: otras ediciones traen “soledad”, pero la lectura original debió de ser “solicitud”. no sólo por *lectio difficilior*, sino porque encaja más con el sentimiento que experimenta Calisto en un momento en que, tras poseer a Melibea, no ha notado ningún cambio en su ánimo, tan inquieto como al principio de

Podríamos pensar que nuestro héroe sucumbe a una tristeza propia de quienes acaban de practicar el coito, según la prevé el pseudo-aristotélico autor de los *Problemata*: “Et post coitum quam venerum animo plerique omnes succumbit reddunturque tristiores”⁶¹. La razón que da para que se produzca este sentimiento es que quienes lo padecen suelen expulsar muy poca cantidad de materia espermática durante el acto sexual; quienes, en cambio, emiten grandes cantidades llegan a ponerse muy contentos después de consumado el coito:

Et post venerea plurimi magis fiunt laeti, quicumque superfluitatem multa emittunt cum spermate; iste magis leti alleviant superhabundantia superfluitatis et ventositatis, et caliditatis; illi enim multotiens tristiores in frigidant enim coeuntes propter idque auferunt aliquod superficentium ostendit autem hic non multa defluxionem factam esse⁶².

El autor de los *Problemata* introduce una diferencia entre sanguíneos y melancólicos, porque los primeros, al acumular grandes cantidades de esperma, suelen expulsarla en idénticas cantidades, mientras que los melancólicos, al tener las reservas muy limitadas, no pueden expeler sino cantidades muy modestas. Es evidente que Rojas nos muestra a un Calisto triste porque quería insistir en ese temperamento melancólico con que ha querido dotar a su personaje. En la obra que Rojas imita, la *Historia de duobus amantibus*, el narrador parece caracterizar a Euríalo como sanguíneo, porque claramente le atribuye un sentimiento de mayor amor y de exaltación después de seducir a Lucrecia, y no el odio que quizá podía imaginar al recordar el que experimentó Amón al violar a su hermanastra. Al conversar con sus amigos, Euríalo expresa su deseo de revivir las escenas de amor de las que al igual que hace Calisto ofrece detalles que ignorábamos al leerlas en el momento en que ocurrieron: “¡Oh miembros como mármol, de zumo llenos...! ¿Cuándo

la obra. Para la interpretación del monólogo de Calisto en relación con otros textos coetáneos en que los autores sienten esturpor al comprobar que la terapia sexual no les ha hecho el efecto esperado, véase Cátedra 1989: 65-69.

⁶¹ Particula 30, problema 1; esta cita corresponde a la traducción de Teodoro Gaza, fol. CCXXXV ro.

⁶² Particula 30, problema 1; fol. A ro.

otra vez los labios de coral morderé?... ¡Oh si se trataré más aquellas tetillas!”⁶³. Por esos datos deducimos que el amante de Lucrecia ha llevado una práctica sexual que no sólo comprendía el coito.

El resto de la noche y parte del día Calisto lo ha pasado durmiendo a pierna suelta, porque han dado las cuatro de la tarde y aún no ha llamado a sus criados para comer. De hecho, se está preparando para volver a la noche siguiente al huerto de Melibea porque no parece que haya extinguido su deseo después de haberlo satisfecho una vez. Podía haberle ocurrido lo que a Amadís y a Euríalo, a quienes la primera vez que han tenido las ansiadas relaciones sexuales con Oriana y Lucrecia les ha ocurrido que han notado que las aman incluso más que antes. Calisto, sin embargo, no hace ningún comentario sobre cuáles son en ese momento sus sentimientos hacia Melibea, a quien, como hemos visto, sólo evoca en sus reacciones cuando la había puesto en el compromiso de hacerle perder la virginidad. Está claro, en cualquier caso, que no debe hacer demasiados esfuerzos para volver a representarse a Melibea quizá de un modo que no se corresponde con la realidad. Se la imagina, no sabemos con o sin fundamento, con las mismas ansias que las suyas en los preliminares de la actividad sexual entre ambos. No parece desear otra cosa en ese momento que volverla a practicar porque sigue obsesionado por una mujer a quien aún atribuye todos los encantos que lo hicieron enloquecer la primera vez en que tuvo la ocasión de darle a conocer su amor. Durante un mes dejará sus ocupaciones como señor de unas tierras que tiene arrendadas a unos renteros para poder disfrutar por la noche de los favores de la dama a la que no ha podido borrar de su fantasía. Se pasa los días de ese mes encerrado en su casa para convencer a sus vecinos de que se ha marchado de la ciudad a la que aún no habría vuelto desde la madrugada en que sus criados asesinaron a Celestina. El pronóstico que había arriesgado Sempronio en el primer auto sobre que su amo podría llegar a aborrecer a Melibea después de haberla seducido no se ha cumplido.

Rojas sólo reproduce la última noche de ese mes de amor entre los protagonistas, obedeciendo a las peticiones de sus lectores, que habían sido tan molestos como Mariano Sozino con Eneas Silvio Piccolomini

⁶³ Piccolomini 2003: 342; la traducción es bastante fiel a la latina (Piccolomini 2004 74 y 76).

cuando le pedía a su antiguo alumno una historia con episodios eróticos para poner remedio a su importante disfunción sexual. En esa última noche, Calisto no parece haber aprendido demasiado en el arte de la seducción, quizá por culpa de un temperamento que no le ha permitido tener un control sobre su concupiscencia. Primero es objeto del acoso de la criada, quien al ayudarle a quitarle la armadura ha aprovechado para abrazarlo y quizá también besarlo. Tras ese incidente, que no parece desagradarle, Calisto aborda a su amada con la misma prisa y urgencia de practicar el coito que la primera noche. Despierta, como esa vez, las mismas quejas en Melibea, quien le reprocha su descortesía al utilizar las manos para destrozarle la ropa y dejarla desnuda lo antes posible. A cambio de esas prácticas, que tan poco parecen complacerle, le propone otras que les podrán permitir gozar más de sus relaciones sexuales. Sorprende que una muchacha que había pasado los veinte años de vida encerrada en su casa bajo la atenta vigilancia de sus padres tuviera esas nociones tan actuales sobre sexología. Podía haberlas adquirido en los manuales de teología que las denuncian como asociadas al pecado de la lujuria:

Y pues tú, señor, eres el dechado de cortesía y buena crianza, ¿cómo mandas a mi lengua hablar y no a tus manos que estén quedas? ¿Por qué no olvidar esas mañas? Mándalas estar sosegadas y dejar su enojoso uso y conversación incomportable. Cata, ángel mío, que así como me es agradable tu vista sosegada, me es enojoso tu riguroso trato. .. Holguemos y burlemos de otros mil modos que yo te mostraré; no me maltrates y destroces como sueles. ¿Qué provecho te trae dañar mis vestiduras?⁶⁴

En la lírica gallego-portuguesa, las muchachas solían presentarse ante sus madres con la ropa destrozada, y siempre inventaban una excusa para justificar su conducta. En el caso de Melibea le habría gustado que su amante no hubiera procedido con la violencia de siempre para demorarse más en los preeliminares de la relación sexual, como aconsejaban los manuales sobre la materia e incluían entre las prácticas de lujuria que los teólogos consideraban pecado mortal. Entre coito y coito, nuestra heroína le ofrece a Calisto un refrigerio para que pueda

⁶⁴ Rojas 1996: 300 y 2000: 321.

recuperar fuerzas, pero Calisto no quiere perder el tiempo haciendo lo que puede hacer en otros sitios. No se da ninguna pausa hasta quedar exhausto. Eso parece suceder al tercer acto sexual, según se desprende de un comentario de Lucrecia, que ha dejado de oírlos retozar imaginado que con tres veces han tenido suficiente (“A tres me parece que va la vencida”⁶⁵). Sin embargo, Calisto lamenta que esté a punto de amanecer y que deberá separarse de su amada para regresar a su casa. Pero al escuchar, desde el otro lado del muro, a su criado Sosia amenazar a no sabe quiénes, decide salir en su ayuda, bajando las escaleras tan precipitadamente, y sin armadura, que se cae por ellas y se abre la cabeza dejando sus sesos desparramados por el suelo. Amadís y Euríalo, de quienes hemos señalado coincidencias con Calisto, se habían permitido ese refrigerio que nuestro protagonista rechaza para no perder tiempo en sus deleites de carácter sexual. Incluso en esos momentos parece tan loco y obsesionado que antes de haber vencido la resistencia de su amada. Tampoco debía conocer la teoría de que los “ieiuni coeunt citius” (*Problemata*, IV, 9), porque en ellos, al estar los poros de su cuerpo más abiertos, el esperma sale con más facilidad; en los que han comido algo esos poros están llenos y tapados, y les impide que su esperma salga con facilidad:

Soluit dicens primo causam esse quoniam in ieiunis coeuntibus pori corporis et meatus quibus sperma pertransit magis extent aperti. In repletis autem sunt pleni et opilati propter quod prohibetur in his humidis materiam spermatis exire in sperma formatum. In ieiunis autem contrarium evenit⁶⁶.

Sobre esa noche podría hacerse algunas preguntas no siempre de fácil respuesta. La primera es por qué Calisto se comporta de la misma manera la primera y la última noche después de un mes de visitar el huerto de su amada. La segunda, aún más delicada, tiene que ver con las veces que nuestro protagonista practica la relación sexual en una noche: si ese número de veces revela que quien ha llegado a conseguirlas posee una potencia sexual notoria o si, por el contrario, es bastante modesta y factible para cualquier varón fuera del temperamento que

⁶⁵ Rojas 1996: 301 y 2000: 322.

⁶⁶ Particula IV, problema 9, fol. i3 vo.

fuera. La respuesta a la primera pregunta podría tener que ver con un temperamento colérico que despierta un gran deseo en quien lo es pero que carece de fuerzas para ejecutarlo como es debido. Si Calisto exhibe unos modales igual de groseros con Melibea que la primera que la sedujo significa que conserva el mismo temperamento que lo había hecho enfermar tras ser objeto del rechazo de su dama en la primera escena de la obra. La respuesta a la segunda es más complicada, porque los autores medievales tienden a una exageración para dejar su virilidad en un pabellón quizá demasiado alto. El cantar de gesta francés, *Le pèlerinage de Charlemagne*, es un buen ejemplo de esa exageración. Uno de los pares de Carlomagno, Oliveros, se jacta, producto de la embriaguez, que alcanzará las cien relaciones sexuales con la hija del Emperador que los ha acogido en su reino de Constantinopla. El Emperador, que ha oído la baladronada del paladín galo, le obliga al día siguiente a poner en práctica la proeza a la que se había comprometido bajo los efectos etílicos, porque de lo contrario lo mandará decapitar. La princesa asegura que el francés ha cumplido, pero ha mentido, porque en realidad quería salvarle la vida. Sin embargo, reconoce en la intimidad que Oliveros se había quedado en las treinta veces⁶⁷. En la *Carajicomedia*, un fraile engaña a una pastelera diciendo que su marido, que acaba de asesinar a quien lo había llamado cornudo, lo espera en la celda de su monasterio porque se ha acogido a sagrado. Una vez la ha llevado a su celda le dice que su marido esa noche ha de ser él. Cuando han rezado quince salmos, que es un claro eufemismo sexual, el fraile debe pedir la ayuda de los novicios para calmar la fogosidad de la pastelera⁶⁸. Si se compara con esas dos hazañas sexuales la de Calisto no es nada del otro jueves, pero siempre podremos decir que Rojas quería dar a su obra una buena dosis de realismo que no tenían las obras citadas.

Otra de las preguntas que podría plantearse es sobre lo sucedido en ese mes que Rojas decide alargar la acción de la *Tragicomedia* para tener la ocasión de introducir al menos una nueva escena erótica, aunque muy similar a la primera que protagonizan esos dos personajes de la obra. Uno de los criados de Calisto, Sosia, adolescente e ingenuo como Pármeno, al intentarle sonsacarle Areúsa la hora en que su señor se cita

⁶⁷ Anónimo 1984.

⁶⁸ Anónimo 1995: 75-76.

cada noche con Melibea y el recorrido que sigue para llegar a su huerto, le asegura que no han ido más de ocho veces. Melibea, en cambio, al oír hablar a sus padres de la conveniencia de casarla cuanto antes porque han alcanzado una edad en que conviene dejarlo todo atado, asegura a Lucrecia que no piensa en el matrimonio, recordando el amor que le tiene Calisto, porque en el mes que llevan siendo amantes no ha faltado ningún día, aunque a veces su visita haya sido en vano:

Y después un mes ha, como has visto, que jamás noche ha faltado sin ser nuestro huerto escalado como fortaleza, y muchas veces haber venido en balde⁶⁹.

La crítica ha interpretado de distinta manera la última frase de ese pasaje, aunque está de acuerdo en aceptar que no todas las noches Calisto ha podido satisfacer su deseo. Para una parte sólo se debe a la resistencia de Melibea, que no siempre ha querido complacer a su amante, a quien en ocasiones habrá negado la relación sexual. La vehemencia y violencia que ha exhibido Calisto las dos veces en que Rojas lo ha sacado a escena seduciendo a su amada parece descartar esa posibilidad. Para otra parte de la crítica Calisto habría tenido que regresar nada más aterrizar en el huerto por no haber podido Melibea zafarse de la vigilancia de sus padres o de los escuderos a los que tanto temían Pármeno y Sempronio la vez que acompañaron a su amo a casa de Pleberio. Aún para una tercera parte Melibea no habría podido practicar las relaciones sexuales por tener la regla. No sabemos en cuál habría pensado Rojas al poner en boca de Melibea una frase como ésa. Tampoco cabría desechar la posibilidad de que Calisto, sobre cuyo temperamento aún no hemos concluido nada, no todas las noches pudiera estar a la altura de las circunstancias por tener una virilidad más limitada de lo que sus deseos podían hacer pensar. Igualmente tampoco queda claro quién dice la verdad, si Sosia o Melibea. El primero podía haber mentido para proteger a su amo, quien durante ese mes no salía de casa durante el día para hacer creer a sus vecinos que se hallaba fuera de la ciudad. Es más difícil que la que mienta sea

⁶⁹ Rojas 1996: 276 y 2000: 297.

Melibea, porque no tendría sentido que lo hiciera ante la criada que la acompañaba cada noche en su huerto para recibir a Calisto.

Después de este análisis del personaje de Calisto en su evolución a lo largo de la obra podemos concluir que antes de ese primer encuentro con Melibea nuestro protagonista poseía un temperamento sanguíneo, al menos si nos dejamos guiar por el comentario de Sempronio al ser testigo del inesperado cambio que ha experimentado su amo. Más que la cólera de Calisto debe de llamarle más la atención su tristeza y su decisión de encerrarse en una habitación oscura pidiendo la llegada de la muerte. En esa actitud su señor ha pasado de un temperamento colérico a otro melancólico y por supuesto no parece conservar el sanguíneo que había tenido unas horas antes. Por los improperios que le dedica Melibea al oír su nombre en boca de la alcahueta podríamos confirmar ese temperamento que habría tenido su amante ante de mostrar ese desmesurado interés por ella. Lo llama “saltaparedes”, quizá haciendo alusión a la primera escena de la obra en que Calisto hubo de escalar las paredes de su huerto, pero también destacando una peculiaridad de su carácter alocado y enamorado, propio de los sanguíneos; lo llama también “fantasma de la noche”, pensando tal vez en la hora nocturna en que se desarrolló esa primera escena al menos en la versión del “antiguo autor”, pero también confirmándolo en esa faceta de juguista del que se dedica a salir por la noche para asistir a cualquier tipo de sarao. Al pedir a Pármeno el caballo para salir a pasear Calisto parece haber recuperado la alegría que había perdido en la segunda escena de la obra. Sin embargo, la vuelve a perder precisamente al recibir las buenas noticias que la alcahueta le trae tras visitar a Melibea. Desde ese momento parece caer en una depresión de la que se recupera parcialmente para dirigirse a una iglesia en la que se pasa muchas horas con la única obsesión de pedir a Dios que ponga remedio a su lujuria. En ese momento podría ser víctima de esa melancolía adusta que no parece abandonar hasta el final de su vida cuando en su última acción en un ataque de ira se precipita por las escaleras para proteger a su criado al que creía en auténtico peligro. No de otro modo se entiende que tras la primera relación sexual con Melibea se sienta preso de una melancolía similar a la que sintió al ser objeto del desdén de su dama al encontrársela por casualidad en su jardín. La de Calisto es, como acabamos de decir, una melancolía adusta, producida por un excesivo

calentamiento de la cólera, que se manifiesta en quien la sufre con una intensidad mucho mayor que la normal. De ahí que alterne momentos de gran exaltación lujuriosa, que calma como puede, con otros de profunda tristeza. Es curioso que la ocasión en que parece sentirse mejor de salud sea la noche en que tiene la confirmación de que Melibea lo ama pero en que aún no la ha rendido sexualmente. Da la impresión de que el coito con Melibea lo deja inerte y melancólico, quizá con la tristeza propia después de una relación sexual. Sin embargo, se recupera enseguida para evocarla en todos sus detalles, centrándose en la conducta de su dama, cuya resistencia, que considera fingida, vuelve a encenderlo como al principio.

¿Qué ideas médicas ha seguido Rojas al atribuir a su personaje la enfermedad de amor? ¿Las que relacionaban la melancolía con un temperamento muy poco lujurioso o con otro que sí lo era? ¿Las que proponían la terapia sexual como la eficaz para combatir la enfermedad de amor? Tampoco son fáciles las respuestas a estas preguntas. Rojas caracteriza al joven Calisto, de veintitrés años, con un temperamento mayormente melancólico, especialmente después de ser rechazado por Melibea. Así lo confirma el pasarse el día y la noche tendido en el suelo o arrodillado en una iglesia en actitud devota (eso sí, de una falsa devoción). Pero aún en ese estado parece víctima de un gran deseo sexual que, por ejemplo, lo lleva a querer gozar de una prenda de su amada como si se tratara de su dueña en carne y hueso. Podría en esos momentos decantarse, en su melancolía adusta, más hacia la cólera que la melancolía. En su caso la terapia sexual no parece haber provocado el efecto que había previsto Sempronio cuando le aseguraba a su amo que una vez alcanzara a Melibea ya no la vería con los indudables defectos que sin duda tenía. No sabemos si Calisto la sigue creyendo dotada de tantas perfecciones como las que enumera al principio o con esa belleza natural que solo precisa de un peine y un poco de agua para lavarse la cara. Pero lo que está claro es que después de una primera vez quiere repetir otras muchas, obligándose a quedar encerrado en su casa durante el día para por la noche acudir al huerto de su amada. De ese modo quiere convencer a sus vecinos que se ha marchado de la ciudad para que nadie lo relacione con la muerte de la alcahueta y sus criados. Sigue anteponiendo la relación sexual con Melibea a las ocupaciones que debería atender por tratarse seguramente de un pe-

queño burgués que poseía fincas rurales que dejaba al cuidado de los renteros a los que por ejemplo se refiere Pármeno en el auto VIII. Si estaba dispuesto a vivir a escondidas de todo el mundo es porque seguía considerando prioritaria su relación sexual con Melibea. Incluso vuelve a acaparar sus pensamientos cuando ha conseguido distraerlos con la conducta del juez que ha ordenado la ejecución de sus dos criados. En ese sentido, Rojas podría compartir las ideas de Gordonio cuando no atribuye a su personaje ningún cambio relevante después de haber podido aplicar la terapia sexual. Si bien no lo hace aparecer en los autos interpolados, porque concede protagonismo a las dos prostitutas que han de ocuparse de la venganza, cuando lo vuelve a sacar a la escena en el huerto de Melibea lo hace con las mismas preocupaciones y necesidades que la primera vez, con esa misma ansiedad de poseer sexualmente a la amada como si nunca antes lo hubiera hecho. Debía haberse fijado en el pasaje en que Gordonio desaconsejaba la terapia sexual para los enfermos de amor, porque con ella se privaba a quienes lo estaban de esas cualidades que por melancólicos perdían al expulsar el humor que las contenía. Y si Rojas compartía esa teoría era porque consideraba el temperamento melancólico no demasiado apto para la práctica sexual. No queda claro si sólo pretendía cuestionar esa teoría médica sobre el amor heroico o deseaba llamar la atención sobre otros remedios que en la obra sólo se han aplicado muy parcialmente en la primera escena. Es verdad que Sempronio ha puesto en práctica algunos de los preescritos cuando había intentado degradar a la mujer para hacer ver a su amo que se había enamorado de un ser inferior y no superior a él. Sin embargo, en el mes posterior al primer encuentro con Melibea en su huerto, Calisto ha permanecido encerrado en su casa sin la posibilidad de dialogar con algunos de sus amigos o salir a pasear por los lugares paradisíacos. En la soledad y oscuridad de su aposento, que es en ese ambiente en que pasa su mes de amor, habrá visto agravarse su obsesión por la hija de Pleberio.

La cólera de Melibea

Melibea es un personaje al que el “antiguo autor” y Rojas presentan inicialmente con un temperamento colérico. En la primera escena, la

pone de manifiesto al oír a Calisto unas proposiciones que le parecen muy deshonestas para dirigir las a una doncella de su condición social. En el auto IV, al oír nombrar en boca de Celestina el nombre de Calisto, la lleva a sus máximos extremos al incluso amenazarla de muerte por plantearle claramente una relación deshonrosa que no puede menos que rechazar⁷⁰. Sin embargo, en otros pasajes de la obra tiende hacia un temperamento más sanguíneo. Así se la imagina la propia alcahueta cuando se refiere a la clase de doncella que representa su víctima al describirla como necesitada de unas relaciones sexuales que una vez las ha probado nunca querría dejarlas de practicar. Solo las mujeres insaciables lo eran por su temperamento sanguíneo, porque les sobraba el humor que producía el semen, que si no lo eliminaban podía ocasionarles graves trastornos incluidos los desmayos. Prueba de que Melibea tiene ese temperamento lo es su lamento de no haber disfrutado más de su sexualidad (“¿cómo no gocé más del gozo?”⁷¹) tras conocer la muerte de su amante. También lo es su entretenimiento, mientras espera la llegada de Calisto, de cantar canciones obscenas. Incluso la alteración que sufre al poco de ser visitado por la alcahueta y que le obliga a llamarla urgentemente guarda relación con un temperamento que no ha podido disimular al avivar la vieja unos deseos que, si bien los tenía dormidos, ya estaban latentes. Cuando Celestina le pregunta por las posibles causas de esa alteración, la muchacha le refiere los síntomas típicos del enfermo de amor, pero entre las causas descarta todas aquellas que producen la melancolía, como la muerte de un familiar, la ruina económica, las visiones terroríficas y las pesadillas. Por lo que respecta a los síntomas, localiza el mal en el corazón, de donde se irradiaba a través de los espíritus vitales a las distintas partes de su cuerpo a las que acaban afectando:

Mi mal es de corazón, la izquierda teta es su aposentamiento;
tiende sus rayos a todas partes⁷².

⁷⁰ El tema ha sido tratado muy sabiamente y con conclusiones que comparto por Lacarra 1997.

⁷¹ Rojas 1996: 304 y 2000: 325.

⁷² Rojas 1996: 198 y 2000: 223; para un análisis de esta segunda visita de Celestina a Melibea hace un estupendo análisis desde el punto médico Amasuno 2001.

Parece estar diciendo que su enfermedad se ha originado por un exceso de espíritus vitales que ha producido su corazón y que se han difundido a los otros miembros del cuerpo. Rojas para dar semejante explicación del mal de Melibea podía haber leído el *Sumario de Medicina* que Francisco López de Villalobos había publicado en Salamanca en 1498 y en el que explica que los espíritus nacidos en el corazón proporcionan la vida, nos permiten movernos y nos hacen sentir las pasiones:

Y destas virtudes su propio instrumento
Y aquel que las trae es espíritu y calor;
El espíritu es un cuerpo delgado y vapor
Que en el corazón tiene hecho su asiento,
En el vientre siniestro más noble y mejor;
Este es el que pulsa en los pulsos y venas;
Este es el que hace alentar y vivir;
Este es el que hace mover y sentir⁷³.

La causa junto al remedio para Melibea se los ha de descubrir, por si no los sabía, que ya los sabía, como había dado a entender en el monólogo con que inicia ese auto X, la propia alcahueta: el amor y Calisto. Al oír el nombre de la terapia, se desmaya y pierde el sentido, pero lo recupera enseguida, sobre todo viendo la alteración de la vieja, que no había previsto una reacción de ese tipo. El desmayo ha sido el último acto de resistencia de la doncella, quien desde ese momento reconoce estar enamorada de quien la había abordado en la primera escena.

Melibea también pone en práctica la terapia sexual con Calisto, al parecer no del todo satisfactoria por las quejas que dirige a su amante al recriminarle una conducta que no considera la más adecuada para un caballero con su dama. Tampoco a ella parece haberle hecho el efecto esperado, porque, tras la muerte de Calisto, cuando desde la torre decide contarle a su padre lo sucedido durante ese mes en su propio jardín, alude a su amante en unos términos que hacen pensar que ha acabado contagiada de su misma enfermedad al atribuirle unas virtudes que al principio e incluso después le había negado:

⁷³ Villalobos 1973: 31.

Yo fui ocasión que los muertos tuviesen compañía del más acabado hombre que en gracias nació. Yo quité a los vivos el dechado de gentileza, de invenciones galanas, de atavíos y bordaduras, de habla, de andar, de cortesía, de virtud...⁷⁴.

Recuérdese que en la primera visita de Celestina lo había llamado “loco saltaparedes, fantasma de la noche, luengo como cigoñal, figura de paramento mal pintado”; en sus encuentros en el huerto le había reprochado su brusquedad y falta de cortesía. Ahora, en cambio, lo considera dotado de unas gracias de las que Calisto no ha hecho demasiada gala. Después de un mes de relaciones sexuales, ve a su amante, eso sí ya difunto, con las mismas lentes de aumento con que él la había visto a ella al principio de la obra. Al dar ese tratamiento al personaje de Melibea, Rojas parece ratificar la idea de que la enfermedad de amor no se la puede tratar sólo con una terapia sexual. Según Gordonio, el coito les puede ser beneficioso únicamente a los enfermos de amor a quienes les es permitido, pero si lo practican “templadamente”. En la versión que ha dado Melibea de ese mes de amor con Calisto no parece que todas las noches hayan podido realizarlo, pero tampoco podemos asegurar si en ese aspecto se han moderado o excedido. Médicos como Francisco López Villalobos o Valesco de Taranta aconsejaban casar a los enfermos de amor no con la amada sino con cualquier mujer. Antes de ofrecer este remedio habían recomendado (más el español que el portugués) ponerlos en manos de los proxenetas o alcahuetes para poder saciar su sexualidad con prostitutas. También proponía traerles brujas para que los deshechizaran si había indicios de que habían sido víctimas de algún tipo de sortilegio. En ese último supuesto se hallaba Melibea, a quien Celestina había despertado su lujuria con un hechizo y a quien, de no haber sido asesinada, podía haberle aplicado el antídoto adecuado. Sin embargo, como hemos señalado antes, Rojas parece en mayor sintonía con las ideas médicas de Gordonio, a pesar de ser el único de los médicos que definía el amor heroico como una clase de melancolía. Los otros médicos habían evitado esa palabra y sólo llegan a incluirla cuando se refieren a las consecuencias que podía originar la enfermedad.

⁷⁴ Rojas 1996: 310 y 312 y 2000: 332.

El temperamento de Pármeno

El adolescente Pármeno protagoniza una historia paralela a la de su amo al necesitar de Celestina para poder seducir a la muchacha de la que está enamorado, la prostituta Areúsa. Parece un joven muy sensato al aconsejar a Calisto lo que más le conviene aún a costa de recibir más de una bronca de su amo. No actúa por interés, sino por fidelidad al caballero al que sirve sin intención de engañarlo. Sin embargo, siente tener muy desasosegada la punta de la barriga, que, a diferencia de la cola del alacrán, hincha por nueve meses. Con ese comentario, la alcahueta da a entender que el hijo de Claudina tiene un temperamento sanguíneo, que se pone de manifiesto al quedar muy encendido cuando Celestina describe en el primer piso, mientras él espera en la planta baja, el cuerpo desnudo de Areúsa, entrando en los detalles de cada una de sus partes para provocar esa lujuria en el inexperto criado. Al subir al aposento de la prostituta, a quien debe haber visto sólo cubierta por las sábanas, no puede dejar de conceder a Celestina cuanto quiera pedirle, ese misterioso tesoro que le dejó su padre o su colaboración en los amores de su amo con Melibea, en los que hasta ese momento había puesto obstáculos para que no se materializasen al menos según los métodos de la alcahueta. Satisface su inmensa concupiscencia con Areúsa a lo largo de toda la noche y parte del día siguiente, si bien su participación en las relaciones sexuales no ha bastado para que la prostituta dejara de padecer el mal de madre que la había obligado a meterse en la cama mucho más temprano de lo que en ella era habitual. Pármeno lamenta no poder quedarse por más tiempo, porque casi es mediodía y teme que su amo lo eche en falta. Regresa a casa de Calisto manifestando la alegría lógica de quien ha colmado un deseo que, si no lo había enfermado, sí que lo tenía angustiado y malhumorado. No puede mantener en secreto su gran logro de la noche anterior, que comunica con Sempronio, al que trata de manera muy distinta a como lo había hecho en días pasados. Después de practicar la relación sexual con Areúsa, Pármeno se siente tan alegre y feliz, que quiere celebrarlo con un gran banquete en casa de la Celestina, acompañado por la alcahueta, su nuevo amigo, Elicia y la que es ahora su amada. No es que el

hijo de Alberto se haya desenamorado de Areúsa, a la que volverá a ver durante la comida de ese día, pero ha conseguido disipar de su mente cualquier angustia o inquietud que pudieran perturbarlo. Muy al revés de lo sucedido a su amo, que no ha podido dejar atrás la solicitud que ya lo había agobiado el día de su primer encuentro con Melibea. También podría ser que el criado, debido a su condición social, no hubiese padecido una enfermedad que para muchos médicos era exclusiva de los nobles y aristócratas. Sin embargo, no encaja en ese temperamento la cobardía que junto a Pármeno pone de manifiesto la noche que acompañan a su amo a casa de Melibea⁷⁵. Ésa era una cualidad que por ejemplo el Arcipreste de Talavera atribuye a los flemáticos y otros autores a los melancólicos por la frialdad que comparten estos dos temperamentos en su estado natural.

Conclusión

Los autores de *La Celestina* coincidieron en caracterizar al personaje de Calisto como un amante heroico que exigía una terapia sexual para poder superar su enfermedad. Sin embargo, sabiendo lo que sabían sobre la teoría de los humores y sus temperamentos, no fueron muy claros a la hora de asignarle uno a nuestro protagonista. Cualquiera que lea atentamente la obra se dará cuenta que nunca aparece reproducida la palabra melancolía como si sus autores quisieran evitarla para no tener que definirse sobre una cuestión que había suscitado cierta polémica en los ámbitos universitarios. Podía haberla empleado el antiguo autor cuando pone en boca de Calisto “los pensamientos tristes” que acaparan su mente tras ser rechazado por Melibea. También podía haberla usado Rojas cuando le hace pronunciar la palabra “solicitud” en el mismo aposento en que el personaje se había sentido víctima de una profunda depresión. Y le atribuye esa palabra nada más haber dejado a Melibea en su casa después de haberle arrebatado su virginidad. Después de haber practicado la terapia sexual que unas horas antes consideraba, ante su amada, como una garantía de una absoluta curación de su enferme-

⁷⁵ Por eso motivo Fraker 1993: 136-137 lo cree sobre todo flemático, al igual que Sempronio, que hace gala de la misma cobardía la noche de marras.

dad. Rojas, pues, ha eludido la expresión que Gordonio había elegido para definir el amor hereos, la de “solicitud melancólica”, y se había decantado por la de Valesco de Taranta, el ablativo “cum solitudine inmensa”. Si los dos autores han procedido de ese modo en pasajes tan cruciales de la obra seguramente era porque no querían identificar a Calisto como un melancólico para no incurrir en la contradicción de presentarlo además como lujurioso. Sí, en cambio, le han atribuido los síntomas de esa enfermedad, porque eran los mismos que los del amor hereos. En ese sentido se decantaban por las teorías en que Arnaldo de Vilanova y Valesco de Taranta habían excluido la palabra melancolía de la definición de la *aegritudo amoris* porque no podían conciliar la idea de una enfermedad que se originaba por un deseo sexual insatisfecho con un temperamento que no podía despertarlo al carecer de la cualidades con que poder hacerlo. Sin embargo, Rojas cuestionaba las teorías de esos dos médicos medievales al seguir caracterizando a su protagonista igual de enfermo que al principio después de haber seducido a Melibea y haber aplicado la terapia que ellos consideraban como más eficaz. En esa cuestión comparte la idea de Gordonio de que la relación sexual puede perjudicar más que beneficiar al amante heroico porque les priva de esas dos cualidades que necesita el enfermo para poder recuperarse. Tampoco parece ajeno a la teoría de Valesco de que los melancólicos tienen muy difícil poder superar el amor hereos. Podía haber optado por la solución más moralista de tratar una enfermedad cuyo remedio más aceptado era el coito para desmentirlo y disuadir así a quienes pudieran padecerla de tener la intención de imitar a Calisto porque no tendrían de ningún modo garantizada la recuperación de la salud y les expondría además a los graves peligros de su protagonista. Podía haber tenido una intención más cómica de dotar a Calisto de una melancolía adusta, no natural, que podría justificar su lujuria pero su escasa capacidad para poder satisfacerla por carecer de la humedad que habría necesitado. En ese supuesto tampoco al enfermo le estaría indicada la terapia sexual al sustraerle la cualidad imprescindible para ejecutarla con la perfección deseada. Es posible que Rojas acabe considerando, por el temperamento que acaba atribuyéndole, que su protagonista es un pésimo amante que no logra complacer totalmente a Melibea.

Por lo que respecta a las mujeres, Rojas parece estar en desacuerdo con Valesco de Taranta al presentar a su heroína como un personaje de naturaleza caliente que responde más al temperamento colérico y sanguíneo. Haya sido o no víctima del hechizo de la alcahueta, está claro que la joven doncella experimenta una lujuria que es incapaz de reprimir. Lujuria que, por otra parte, tampoco ha podido moderar cuando nada más enterarse de la muerte de Calisto dedica su primer pensamiento no a su amante en sí sino a los placeres que con su pérdida dejará de disfrutar (“¿Cómo no gocé más del gozo?”), como si su relación con él hubiera sido más satisfactoria de lo que le había confesado *in situ*. ¿No será una ironía más de Rojas al poner en boca de su heroína una pregunta retórica que contradice el deleite real que ha experimentado en sus encuentros nocturnos con Calisto? A él precisamente le había hablado de otras especies de lujuria con las que le anunciaba nuevas formas de placer que pensaba enseñarle: “Holguemos y burlemos de otros mil modos que yo te mostraré”⁷⁶. No se contentaba con la “fornicatio simplex”, sino que buscaba nuevas fórmulas de placer, las que teólogos como santo Tomás en su *Summa Theologica* habían catalogado como pecado mortal (en la presentación de esa especie de lujuria había sustituido “complexus” por “tactus” y había incluido la coletilla “et aliis huiusmodi illecebris”):

Et ideo, cum oscula et amplexus et huiusmodi fiant, consequens est quod sint peccata mortalia⁷⁷.

Como amante insatisfecha parece estar idealizando a su amante al recordarlo en todas sus facetas como caballero perfecto y dechado de una cortesía que siempre antes había echado en falta. Es desde ese instante en que empieza a experimentar los síntomas más evidentes del amor hereos al ensalzar a quien en el último mes le había afeado conductas que ponían en evidencia unos defectos de Calisto que ahora ha convertido en virtudes. En su monólogo antes de la segunda visita de Celestina se reconoce a sí misma víctima de un ardor y una lujuria que ya no puede disimular, pero en ningún momento se complace en la evo-

⁷⁶ Rojas 1996: 300 y 2000: 321.

⁷⁷ Santo Tomás 1963: 889.

cación del caballero que se la ha hecho aflorar más allá de la referencia al encuentro con él al que remonta el cambio operado en su organismo. Aunque en determinados episodios se ha dejado llevar por su cólera, el temperamento que mejor la define es el sanguíneo. Si en los primeros compases de la obra, por ese temperamento, ha dado la impresión de que sus desórdenes físicos eran de tipo ginecológico por seguir siendo virgen a los veinte años, al final queda claro que lo son más de índole mental. La prostituta Areúsa comparte temperamento con la protagonista, como se pone de manifiesto por sus dolores de la matriz, que ni una noche de relaciones sexuales con Pármeno han conseguido calmar⁷⁸. Ante la muerte de su nuevo amante, reacciona de manera muy distinta, al no caer en la aflicción de Melibea y sobreponerse fácilmente a ese infortunio, aconsejando a Elicia a dejar el luto para no perder a sus clientes. Si la prostituta podía seguir gozando de su sexualidad con otros amantes o clientes, Melibea, en cambio, era consciente de que no podría hacerlo ya más, porque, de haber sobrevivido, tenía que purgar su pecado ingresando en un monasterio. Además, a diferencia de Areúsa, Melibea acaba también enferma de amor.

En cuanto a Pármeno, si bien está enamorado de Areúsa, no presenta ninguno de los síntomas de su amo. Tras satisfacer su deseo sexual con la prostituta, sólo puede manifestar su alegría y organizar un banquete para celebrar su conquista. No creo que ni el antiguo autor ni Rojas lo lleguen a tratar como un amante heroico, porque al pertenecer a la clase de los trabajadores no corre el peligro de llegar a serlo. Los dos autores, en ese sentido, habrían compartido esa idea generalizada entre los médicos, si bien el criado fiel deja de lado su mal humor del principio, al murmurar constantemente contra Celestina, para exhibir otro mucho más alegre, de colaboración y complicidad con la alcahueta. En él la relación sexual ha obrado unos efectos que no se habían producido en los protagonistas. Eso sí, ha hecho gala de unos modales tan groseros como los de su amo al abordar a Areúsa sin una cortesía que tampoco, por ser hijo de quien es, se le podía exigir. La prostituta demuestra ser tan melindrosa como Melibea cuando necesita advertirle a su nuevo amante que no es de aquéllas “que públicamente están a

⁷⁸ Para Fraker 1993: 139 Areúsa es colérica, pero de una cólera influida por Marte, mucho menos noble que la Solar.

vender sus cuerpos por dinero”⁷⁹. Las mismas palabras, pero escritas en una carta, había empleado Lucrecia cuando leía las de un Euríalo que se las había mandado para convencerla de que se convirtiera en su amante.

Rojas podría estar ironizando sobre una tradición médica que por regla general sugería la terapia sexual para la mayoría de enfermedades, las de carácter mental y las ginecológicas. En su obra las saca a relucir para demostrar su ineficacia. Para mayor INRI presenta a su protagonista como un melancólico adusto que siente una lujuria que es incapaz de moderar porque el coito que practica no es lo suficientemente perfecto como para satisfacerla por completo. Por ese motivo Melibea, con un temperamento más sanguíneo que colérico, tampoco puede mitigar la suya. De ese uso insuficiente de la sexualidad acaba por sucumbir a un amor hereos que hasta ese momento no había padecido. Por eso, tras la muerte de su amante, se siente víctima de una furia que solo puede calmar con el suicidio. En esa situación es cuando ve a Calisto con unos ojos con los que no había conseguido verlo antes. La terapia sexual, seguramente mal aplicada, parece el origen de esa última reacción tan violenta de nuestra heroína. Rojas no sólo había usado a sus personajes para parodiar un tipo de amor que en principio renunciaba a los placeres de la carne en beneficio de la dama a la que habían convertido en su señora. También se había burlado de todas las teorías médicas sobre el amor no sólo para poder en evidencia todas sus contradicciones, sino también para, en algunos casos, desmentirlas y ponerlas al servicio de su intención didáctica. Si desaconseja la práctica del amor carnal es porque no aporta ninguna solución a los mancebos que se dejan llevar por la lujuria. Quizá ha evitado reproducir en su obra la palabra melancolía para no caer en las paradojas de una enfermedad cuyas causas estaban muy lejos del origen del temperamento que podía haberla producido. Sabía que su predecesor había creado un personaje de una lujuria sin precedentes y no podría contradecirla atribuyéndole un temperamento, el de la melancolía natural, que no hacía más que desmentirla.

⁷⁹ Rojas 1996: 158 y 2000: 182; una enamorada Lucrecia contesta una de las cartas de su amante diciendo que no conseguirá fácilmente su propósito porque “No creas que soy de aquéllas que se venden” (Piccolomini 2003: 320); en la versión latina afirma “nec me illarum ex grege credito, que se vendunt” (Piccolomini 2004: 46). La deuda con el futuro papa Pío II ya la advirtió Lacarra 1995: 161, n. 325.

Bibliografía

- Abano, Pedro, *Expositio problematum Aristotelis cum textu*, Venecia, 1482.
- Amasuno, Marcelino V., “Hacia un contexto médico para *Celestina*: dos modalidades curadoras frente a frente”, *Celestinesca*, 23 (1999), pp. 86-124.
- , “Hacia un contexto médico para *Celestina*: Sobre amor hereos y su terapia”, *Celestinesca*, 24 (2000), pp. 135-69.
- , “Calisto, entre amor hereos y una terapia falaz”, *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica*, XVIII (2000), pp. 11-49.
- , “Parodia y patología erótica en *La Celestina*: el binomio Calisto-Sempronio”, en *Actas de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, ed. M. Freixas, S. Iriso y L. Fernández, Santander, Consejería de Cultura del Gobierno de Cantabria-Año Jubilar Lebaniego-Asociación Hispánica de Literatura Medieval, 1, 2000, pp. 153-74.
- , “La enfermedad de Melibea: dos perspectivas médicas de la *Aegritudo amoris* en *Celestina*”, *Revista de Filología Española*, 81. (2001), pp. 5-47.
- Anónimo, *Speculum al foderi*, ed. Anna Alberni, Belcaire d’Empordà Edicions Vitel.la, 2007.
- , *Le pèlerinage de Charlemagne*, ed. Isabel de Riquer, Barcelona, Quaderns Crema, 1984.
- , *Liber minor de coito. Tratado menor de andrología. Anónimo salernitano*, ed. Enrique Montero Cartelle, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1987.
- , *Carajicomedia*, ed. Alvaro Alonso, Málaga, Aljibe, 1995.
- , *Tratado de amores*, ed. Consuelo Gozalo García, en *Tratados de amor en el entorno de Celestina (siglos XV-XVI)*, dir. Pedro M. Cátedra, Madrid, Ediciones Nuevo Milenio, 2001, pp. 85-92.
- Beltrán Llavador, Rafael, “Áspera et inurbana verba: la ira de Melibea y Carmesina y la lección desoída de Andreas Capellanus”, en *Sudia in honorem Germán Orduna*, Alcalá de Henares, 2000, pp. 73-89.
- Cátedra, Pedro M., *Amor y pedagogía en la Edad Media*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1989.

- Ciavoletta, M., *La malaltia d'amore dall'Antichità al Medioevo*, Bulzoni, Roma, 1976.
- Constatino Africano, *Liber de coitu. El tratado de andrología de Constantino el Africano*, ed. Enrique Montero Cartelle, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 1983.
- De Armas, Frederick, "La Celestina: an example of love melancholy", *Romanic Review*, 66 (1975), pp. 288-295.
- Fraker, Charles, "The four humors in Celestina", *Approaching the Fifth Centenary*, ed. Ivy Corfis y Joseph T. Snow, Madison, HSMS, 1993, pp. 128-154.
- Gordonio, Bernardo, *Practica seu Liliium medicinae*, Lyon, 1491.
- , *Lilio de la medicina. Edición crítica de la versión española, Sevilla, 1495*, ed. John Cull y Brian Dutton, Madison, Seminary of Medieval Studies, 1991.
- Guillem de Peitieu, en *Los trovadores. Historia Literaria y textos*, ed. Martín de Riquer, Barcelona, Planeta, vol. I, 1975.
- Jacquart, D., y Thomasset, C., *Sexualidad y saber médico en la Edad Media*, Barcelona, Labor, 1989.
- Lacarra, Eukene, "La ira de Melibea a la luz de la filosofía moral y del discurso médico", en *Cinco siglos de "La Celestina"*, ed. Rafael Beltrán y José Luis Canet, Valencia, Universidad de Valencia, 1997, pp. 107-120.
- , "Calisto y el amor hereos", *Ínsula*, 633 (1999), pp. 300-302.
- Lucena, Luis, *Repetición de amores*, ed. Miguel M. García Bermejo, en *Tratados de amor en el entorno de Celestina*, pp. 97-166.
- Martínez de Toledo, Alfonso, *Arcipreste de Talavera o Corbacho*, ed. Michael Gerli, Madrid, Cátedra, 1987.
- Martorell, Joanot, *Tirant lo Blanc i altres escrits*, ed. Martín de Riquer, Barcelona, Ariel, 1990.
- Martos, Ana, *Historia medieval del sexo y del erotismo. La desconocida historia de la querrela del esperma femenino y otros pleitos*, Madrid, Nowtilus, 2008.
- Morros Mestres, Bienvenido, "La difusión de un diagnóstico de amor desde la antigüedad a la época moderna", *Boletín de la Real Academia Española*, 79 (1999), pp. 93-150.
- , "'Mira a Bernardo' y los autores de *La Celestina*", *Medioevo Romanzo*, 26 (2002), pp. 296-310.

- , “*La Celestina como remedium amoris*”, *Hispanic Review*, 72 (2004), pp. 77-99.
- , “Los prólogos en prosa de *La Celestina*”, *Celestinesca*, 33 (2009), en prensa.
- Nifo, Agostino, *Libri duo: de pulcro primus, de amore secundus*, Lyon, 1549.
- Peri, M., *Malato d’amore. La medicina dei poeti e la poesia dei medici*, Messina, Rubbetino, 1996.
- Piccolomini, Eneas Silvio, *Historia de duobus amantibus*, ed. Donato Pirovano, Roma, Edizioni dell’Orso, 2004.
- , *Historia muy verdadera de dos amantes*, ed. Ines Ravasini, en *Tratados de amor en el entorno de Celestina*, pp. 167-217.
- , *Estoria muy verdadera de dos amantes*, ed. crítica de Ines Ravasini, Roma, Bagatto, 2003.
- Pseudo-Aristóteles, *Problemata Aristotelis cum commento et duplice translatione antiqua videlicet et nova Theodori Gazes*, París, 1520.
- Rojas, Fernando, *La Celestina*, ed. Bienvenido Morros, Barcelona, Vicens-Vives, 1996.
- , *La Celestina*, ed. María Eugenia Lacarra, Madison, The Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1995.
- (y “antiguo autor”), *La Celestina. Tragicomedia de Calisto y Melibea*, edd. Francisco J. Lobera, Guillermo Serés et alia, Barcelona, Crítica, 2000.
- Sears, Teresa A. “Bernardo Gordonio’ *Lilio de la medicina*. A posible Source of *Celestina*”, *Celestinesca*, 10 (1986), pp. 13-18.
- Taranta, Valesco, *Practica medicae que alias Philonium dicitur*, Lyon, 1490.
- , *Practica medicae que alias Philonium dicitur*, Lyon, 1535.
- Tomás, santo, *Summa Theologica. III. Secunda secundae*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1963.
- Vilanova, Arnaldo, *De parte operativa*, en *Opera superrima revisa*, Lyon, 1520, fol. 252-294.
- , *Tractatus de amore heroico*, en *Opera medica omnia*, ed. Michael R. McVaugh, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1985, pp. 43-54.

Villalobos, Francisco López, *El Sumario de Medicina con un tratado de las pestíferas bubas*, ed. María Teresa Santander, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1973.

-----, *Sentencias de amor*, en *Tratados de amor en el entorno de Celestina*, pp. 223-246.

Wack, Mary F., “Ali ibn Al-‘Abbas Al-Magusi and Constantine on Love, and the evolution of the *Practica Pantegni*”, en *Constantine The African and Ali ibn Al-‘Abbas Al-Magusi*, ed. Charles Burnett y Danielle Jacquart, Nueva York, Brill, 1994, pp. 161-202.

-----, *Lovesickness in the Middle Ages. The “Viaticum” and Its Commentaries*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1990.

Morros, Bienvenido, “Melancolía y amor hereos en *La Celestina*”, en *Revista de poética medieval*, 22 (2009), pp. 133-183.

RESUMEN: El presente trabajo pasa revista a las diferentes teorías médicas medievales que relacionan la enfermedad de amor con la melancolía para determinar cuál de ellas parecen tener en cuenta los autores de *La Celestina* a la hora de crear a sus personajes principales. Rojas podía haber seguido la teoría que desaconsejaba la terapia sexual para combatir la enfermedad de amor porque creía que se la producía un temperamento melancólico en el que no estaba indicada por sus escasas posibilidades de poder ponerla práctica. Por esa razón hace que sus dos protagonistas estén más enfermos de amor después de haber consumado la relación sexual.

ABSTRACT: This work reviews the different medieval medical theories which connect lovesickness with melancholy in order to determine which of them are taken into account by *La Celestina*'s authors to create their main characters. Rojas could probably follow the theory that advised against the sexual therapy to fight lovesickness because he thought that it was caused by a melancholy temperament; in this case, that therapy was not recommended owing to their short possibilities to put it into practice. For this reason, the author makes act his two main characters as if they were much more ill, after having carried out the sexual relationship.

PALABRAS CLAVE: Historia de la medicina. Melancolía y enfermedad de amor. La terapia sexual. Los cuatro humores y sus temperamentos. *La Celestina* de Rojas y del “antiguo autor”.

KEYWORDS: History of the Medicine. Melancholy and lovesickness. The sexual therapy. The four humours and their temperaments. *La Celestina* by Rojas and by “the fist author”.